

Juan Otiniano León

LOS AÑOS PASAN



NARRATIVA

OREM

Juan R. Otiniano León
(Lima, Octubre de 1982)

Pero déjame decir una cosa más: ni un momento he dudado de que tú fueras el buda, de que hubieras llegado a la meta, al máximo, hacia el que tantos brahmanes e hijos de brahmanes se hallan en camino. Has encontrado la redención de la muerte. La has hallado con tu misma búsqueda, con tu propio camino, a través de pensamientos, ensimismaciones, ciencia, reflexión, inspiración. ¡Pero no lo has encontrado a través de una doctrina! Yo pienso, majestuoso, ¡qué nadie encuentra la redención a través de la doctrina! A nadie, venerable, le podrás comunicar con palabra y a través de la doctrina lo que te ha sucedido a ti en el momento de tu inspiración. Mucho es lo que contiene la doctrina del inspirador buda, a muchos les enseña a vivir honradamente, a evitar lo malo. Pero esta doctrina tan clara y tan venerable no contiene un elemento: el secreto de lo que el majestuoso mismo ha vivido; él solo, entre centenares de miles de personas. Esto es lo que he pensado y comprendido cuando escuchaba tu doctrina. Y por ello, continúo mi peregrinación. No para buscar otra doctrina mejor, pues sé que no la hay, sino para dejar todas las doctrinas y a todos los profesores, y para llegar solo a mi meta o morirme. Sin embargo, a menudo me acordaré de este día, majestuoso, y de esta hora en que mis ojos vieron a un santo.

SIDDHARTHA, Hermann Hesse

LOS AÑOS PASAN

Juan Otiniano León

LOS AÑOS PASAN

∞ OREM ∞

© Juan Otiniano León
Los años pasan

Primera Edición: Diciembre, 2010

Para contactos con el autor:

Av. Sánchez Carrión 2106, El Porvenir – Trujillo

96 8535328

97 8703494

juanra_825@hotmail.com

Ilustración de portada : Del autor

Diagramación general : Ediciones OREM

Cuidado de la edición : Oscar Ramirez

Tiraje : 200 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional del Perú N° – 2010-16142

EDICIONES OREM

[MzB34 Lt 26 II Etapa, Trujillo-Perú]

(51) 94 9186210

edicionesorem@hotmail.com

<http://edicionesorem.blogspot.com>

IMPRESO EN TRUJILLO, PERÚ

*Queda terminantemente prohibida, sin la autorización
escrita del editor y/o el autor, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento electrónico.*

PRÓLOGO

Cada paso de nuestra vida está lleno de narraciones reales o fantásticas. Reales y fantásticas con sus personajes que desfilan ante nuestros ojos con sus defectos y virtudes, con sus problemas y soluciones, con sus incertidumbres y dudas frente a este mundo creado letra a letra, pero que es nuestro propio mundo real al fin y al cabo. Historias que se nutren de la realidad cotidiana y que llegan a tener vida propia gracias a un creador, a un hombre que observa y recoge sus experiencias para plasmarlos en una lucha sin cuartel sobre una hoja de papel que reta a la creatividad y al poder místico que cada escritor tiene dentro de sí.

Juan Otiniano ha sabido salir airoso de esa lucha con el papel y es por esta razón que pone a vuestros ojos este platillo succulento de narraciones extraídas desde lo más hondo de su experiencia ante el mundo: lucha cotidiana y feroz por las desazones del destino. Es así como los relatos transcurren por la cotidianidad de la universidad y las calles de esta ciudad llena de sentimientos encontrados y que no son ajenos al escritor, quién los recoge de su propia vida para plasmarlos en esta secuencia de historias que tienen mucho de él y a la misma vez mucho de creatividad y fantasía.

En cada personaje hay una tajada de Juan, un alter ego que dubita, actúa y siente la incertidumbre del mundo que lo embarga y lo lleva a hacerse preguntas sobre nuestra condición de seres humanos. Personajes que se desenvuelven en historias cotidianas pero cargadas de confusión y misterio donde vivirán su mágico momento cuando abramos este libro y leamos de un tirón estas narraciones.

Juan ha dado el primer paso en este oficio azaroso y rebelde frente al mundo que trata de sucumbirnos a sus designios; sin embargo, este libro será el inicio de una carrera literaria pródiga y estoy seguro que Juan Otiniano seguirá trabajando con ahínco en nuevas entregas, porque como diría nuestro Premio Nobel Mario Vargas Llosa: “El escritor siente íntimamente que escribir es lo mejor que le ha pasado y puede pasarle, pues escribir significa para él la mejor manera posible de vivir”, y esto es lo que se avizora en este joven narrador.

RUBÉN AGUILAR

*Para todos esos otros actores de esta puesta en escena
que ya prontamente morirá sin aplausos ni pifias.*

AQUEL DÍA

Estaba cansado por el largo trecho caminado, sin embargo decidió subir los escalones, y así castigar sus riñones con cada pisada de sus incomodísimos zapatos de punta. El departamento no es extenso; tampoco lujoso, pero resulta para quien frecuenta su pasadizo interior un breve refugio del bombardeante ruido de las afueras. Aquí está permitido agachar la cabeza para mirar el siguiente paso. Solo en algunas excepciones puedes encontrar a algún compañero que precisamente baja, después de conversar con algún profesor u ojear un libro en la reconquistada biblioteca de la especialidad. Pero ello, repito, es algo raro. Normalmente las paredes te ven subir y bajar solo, salvo que alguien samaritanamente te acompañe, pero nadie más.

Hay un ambiente especial en el casi término de este pasadizo, luego de los escalones y antes de llegar a los cubículos de los profesores o a la misma biblioteca. Es un espacio algo amplio, donde puedes esperar a un costado a quien viene atrás o a quien va a bajar, normalmente también solo. En el mismo espacio, hay algo que lo hace más especial aún. Desde un rincón hay una gran ventana por donde se puede mirar casualmente la puerta principal de la universidad y ese incesante paso de alumnos en un casi equilibrado ingreso y salida; aunque, esto depende de acuerdo a la hora. Muy temprano, si uno está parado en el rincón junto a la ventana, verá cómo la puerta de ingreso se empequeñece por el numeroso flujo de alumnos que entran para luego repartirse en sus facultades y aulas; mientras que la puerta de salida se halla desolada o simplemente no la abren. Todo lo contrario sucede en la noche, ya nadie ingresa, salvo los renuentes y uno que otro olvidadizo.

Todos procuran salir de la universidad para luego repartirse en sus micros y casas.

Los pasos de Iván resonaban en su avance por el pasadizo, siempre mirando hacia abajo, con el pensamiento en las raíces de su procedencia más que en los logros de su veinteañero presente. Ya le faltaban dos escalones para doblar hacia el rincón y la ventana privilegiada, cuando la persona más anhelada a ser encontrada en toda la universidad chocó con él. Se trató de un enfrentamiento postergado con una larguísima tregua convenida un día lejano a ese viernes. Y se dio en el pasadizo del departamento ante el amparo de esas paredes algo sucias que han visto subir la escalera a muchos jóvenes de varias épocas con la cabeza también gacha. Quizás hoy día, algunos tengan todavía los ojos abiertos para que de donde estén cuenten cómo ese pasadizo, ese departamento, esa facultad engullidos por esa universidad roban las ilusiones de jóvenes y les regalan los problemas de señores algo cansados de todo lo que tontamente ilusione en esta vida nuestra.

Tan solo ellos, mirada a mirada como la última vez cuando intercambiaron palabras muy mal comprendidas por ambos. Allí estaba Rosa, con su cabello amarrado y dejando una cola que le daba un plus a su atractivo, la sonrisa pareció amanecer en medio del asombro, pero muy rápido fue encogida y ocultada con el viraje de su mirada hacia la ventana.

Ella era una muchacha que dicen vivía en uno de los arenales de la ciudad y que quizás por eso, a diferencia de las que no vivían por ahí, le daba seriedad a sus estudios; sabía de seguro que estaba en desventaja con otros, por ello ese esmero y dedicación para entender la Gramática Generativa y los postulados de Fokema. Muchas veces se quedaba después de la clase de la una en la biblioteca leyendo un libro que, aunque no lo entendiera muy bien, no escatimaba tiempo ni voluntad por comprenderlo. Siempre, desde que conoció a Iván, se mostró muy atenta y algo ingenua, lo suficiente para afirmar que valía bastante para considerarla como una amiga entrañable.

También, y esto lo atestiguan sus amigos más cercanos, muy enamorada de quien era su nuevo amigo por esas maldades que hay en la vida y que algunos le llaman venganza de un profesor a un alumno. Dicen que ella se atrevió a hablarle una tarde sin sol cuando la clase no comenzaba por la casi siempre falta de profesor, y de allí no pararon de conversar, de jugar, de insinuarse hasta el día en el que estuvieron cara a cara por última vez.

En el escalón de abajo estaba Iván, con sus tres monedas ganadas en una semana y con sus muchos lamentos arrancados por aquel día lejanísimo. Tenía el porte de un muchacho delgado, algo frágil aunque no tan alto. Cuando recién conoció a Rosa se mostraba algo indiferente; incluso en alguna oportunidad le quedó mal al no devolverle a tiempo su cuaderno de apuntes para que estudie. En aquel examen, Rosa desaprobó.

Dicen que una tarde estuvieron conversando en la biblioteca, en la que alguna vez un visitante la confundió con un boulevard. Aquella tarde sus amigos acordaron no ir para que conversaran de uno y de otro, digo esto porque durante las casi tres horas que conversaron nadie se les acercó para interrumpirlos.

—¡Haber, préstame! —repuso Rosa olvidando el agravio anterior.

Iván ocultó la billetera y la miró con desconfianza.

—Es solo una foto, de cuando me inscribí en el registro.

—Ya pues, préstame —le replicó con muchas más ansias, tantas que casi le arrancha la billetera para luego buscar la menuda foto.

La tuvo en sus manos como se sostiene a un bebé, con sutileza. La miró un momento, ella a la foto, él a ella. Iván no comprendía porque ella miraba con tanta complacencia su foto. Aunque con lo que ella le pediría, empezaría a entenderla y quizás fue peor.

—¡Regálamela! — le dijo esperando siquiera un desdenoso sí.

—¿Qué? ¿Qué te la regale? —se rió con la nariz—. ¿Para qué la quieres?

—Los amigos se regalan fotos.

—¿Se regalan fotos...? —la interrumpió bruscamente. Le iba a decir algo más, pero en ese momento se asomó por la puerta una chica de torpe caminar llamada Patricia que, por los desesperados rebotes de su mirada, parecía buscaba a no se sabe quién; entonces se contuvo y luego prosiguió con otro tono.

—Pero yo no tengo esa costumbre.

Luego pensó en una noche con un ritual en el cual la foto suya era objeto del más celestino conjuro.

No hubo respuesta, solo una mirada indulgente. La foto fue recostada sobre la mesa.

—¡La puedes perder!, solo tengo una —le rogó una absurda disculpa.

Al no haber respuesta en ella, Iván cogió su billetera, guardó su foto de camisas a rayas, la misma que en ese momento se hallaba hacinada, con un botón extraviado, en el cajón de ropa usada. Después la invitó a salir, caminaron por lugares de la ciudad que solo Iván conocía; los diálogos y los roces eran cada vez más inconfesables, hasta que, en ese día lejano, la embarcó en el último micro que va a La Esperanza, eran ya más de las 11.

Hay algunos muchachos crecidos y llegados a hombre con uno u otro complejo que se trasunta cuando la lengua se baña de saliva procaz y hedionda, y las palabras salen con la venia del cerebro, pero sin que se percate de las brutalidades que se dicen y de las consecuencias terribles para uno mismo y para el que escucha.

Esta y otras razones hicieron que Iván pierda la amistad de Rosa y, por ende, la probable relación sentimental que bien pudo nacer en ellos.

Ahora estaban, ellos, por unos segundos solos y a pocos centímetros, como lo habían querido ambos, después de aquel viernes lejanísimo. Por un instante pensaron pasar y seguir cada uno su camino; él, buscar a un profesor que ahora demoraría en recordar su nombre; ella, caminar y caminar sin rumbo hasta que el impacto emocional se esfume por los salones.

Pero no, se quedaron ahí, no hicieron caso a su orgullo. Sabían que era esta la oportunidad de comprobar su tenue hipótesis sobre el querimiento del otro, y la ventana empolvada, desde la última vez que la franela la rozó, ignoró su espalda hacia la avenida para escuchar titubeos y otros argumentos impelidos por el nerviosismo.

De seguro que si esta ventana tuviese la gracia de un portento, diría cuánto estos muchachos se querían a pesar de haber pasado muchos viernes parecidos a ése lejano ya. Diría de seguro, que él no cerraba aún la boca de la impresión; que ella había retrocedido dos pasos y que en su mirada se reflejaba una niña triste y enamorada, además de algo nuevo y diferente. Sin embargo, esa ventana no lo tenía, pero al menos guardaba cómplice silencio ante tremendo encuentro.

—¡Ah Rosa, para entregarte tus copias! —se atrevió a hablar tratando de no atropellar sus palabras en su más complicado discurso dado hasta entonces.

Ella se quedó callada, haciendo esfuerzos por recordar de qué copias le hablaba. Después de algunos años, Rosa le contaría a Raquelita, su sobrina, que estaba encargada de su cuidado durante su vejez, que en ese momento increíblemente no recordaba cuáles eran esas copias; mucho menos, que aquéllas las prestó a Iván cuando ellos compartían secretitos escritos en retazos de cuaderno o copias como éstas. Cuando discutieron en aquel día, ella en el momento de la cólera le dijo que las rompiera, quemara o las hiciera cualquier cosa porque no le interesaba nada venido de sus manos. Pero los nervios movidos por el encuentro hicieron que ella mecánicamente extiende las manos para recibir esas cuatro hojas.

—Aquí están, gracias —después pudo continuar respirando.

No dijo nada Iván del mucho tiempo que las guardó y de las también muchas oportunidades que tuvo para entregárselas, si así lo quería; salvo que siempre hubiese pensado hacer lo que ella le pidió por el coraje o guardarlas con cariño por ser el único recuerdo de ella.

Parecía que eso era todo, que a Iván se le había acabado la excusa sin conseguir más que un remilgo de grata sorpresa; de repente, se dijo para sus adentros lo enojada que debería seguir con lo imprudente que fue en aquel día.

En ese momento alguien se acercaba desde abajo, el sonido de sus pasos producía una honda cada vez mayor. Iván comprendió que debía dejarla pasar; ya había picado el hielo con todas las fuerzas de su corazón, pero el iceberg no mostraba rajadura alguna. Acomodó su folder debajo del brazo y cuando se disponía a ladearse y maullar un resignado *chau*, una rajadura, otra y otra, y prontamente el hielo se rompió.

—¿Cómo has estado? —le dijo ella buscando sus ojos

—Ahí, con las prácticas —respondió su boca; sus ojos, mal porque la había extrañado tanto.

Rosa supo lo que hablarían: que el profesor tal exige esto y esto otro, que en los colegios a los niños le eres indiferente y otras cosas; pero nada de lo que ocurrió aquel día lejano ya. Parecía que iba a decirle ella algo más que cambiaría la conversación cuando Lalo, amigo de ambos, llegó hacia ellos. Lalo conocía en parte su historia. Sabía cuánto había preguntado su amiga por él; conocía cómo su amigo primero no sentía nada por ella, pero en el tiempo que estuvieron alejados, de manera tonta se había enamorado y cada vez que Rosa se acercaba creía que era la oportunidad para conversarle de cualquier tema y jurarle un sentimiento solo para ella.

Lo que no conocía Lalo, era lo que había pasado en ese día lejanísimo para que ellos se apartaran tanto. Iván creía que Rosa ya se lo había contado y Rosa casi no dudaba que Iván se lo

había dicho, pero no era así. Ninguno contó a nadie de lo pasado, tal vez por orgullo o por vergüenza decidieron eso.

Subía a la biblioteca con cierto apuro, por ello tardó algo en levantar la mirada. Cuando lo hizo y vio a Iván presto a escuchar y a Rosa dispuesta a hablarle comprendió la situación al compás del segundo paso, al dar el tercero ya había saludado con un lacónico: “Hola Rosita, hola Iván”. Al cuarto, ya estaba dando la espalda a la escena, llevaba consigo la esperanza de la ventana empolvada. Los dos vieron cómo Lalo se iba pensando en ellos. Sintieron una alegría porque se dieron cuenta que su amigo llegó para hacerles acordar que les unía un pasado maravilloso, lleno de ilusiones por ahora no realizadas, pero a tiempo para corregir errores. El mismo Lalo era el recuerdo concreto de ello, se habían conocido los tres en el vecinaje de los asientos de un salón y por tanto influiría en el ánimo de los dos. Quizás dejarían de hablar de asuntos evasivos para preguntarse por el motivo que hacía a ambos no despedirse de una vez por todas como dos personas que están enemistadas por mucho tiempo.

—Rosa, te quiero pedir que me perdones... Aquel día, no debí hacer eso —trató de no desentonar, pero lo hizo.

Ella comprendió que el pedido era sincero y ante ello no podía negarse. Rosa era una chica que no se aprovecharía del sentimiento de un hombre si este le hablara con la verdad y las palabras de Iván tenían bastante.

—Iván, los dos debemos perdonarnos. Ambos nos confundimos y actuamos mal ese día, debemos olvidarlo.

Al terminar ella con este pedido, un silencio repletó, hasta los recodos, aquel departamento.

Iván había escuchado lo que quería desde la mañana siguiente de aquel día lejano ya; Rosa le perdonaba; es más, ella pedía también perdón por su parte de culpa, si lo tenía, pero a la vez pedía olvidar lo que pasó. De pronto Iván pestañeó muy rápido y palideció su rostro al comprender que el pedido de olvido rebasaba las escenas contenidas en ese día.

—Cada vez te extraño más, te veo pasar y no puedo entender cómo fui un imprudente para perder tu cariño. Yo te quiero... —sus palabras se interferían por la desesperación.

Rosa miraba su rostro como en aquel día, trataba de encontrar en sus palabras una verdadera semejanza con sus sentimientos. Sin embargo, esta vez en ella ya nada semejaba a aquella noche del lejanísimo día cuando Iván con mucha soltura le dio un papel en donde dibujados dos rostros en un apasionado beso se leía horizontalmente unas temblorosas letras: “TE QUIERO”.

Caray, dicen que las aguas de un río nunca son las mismas, que las nubes del cielo son distintas de un rato para otro; sin embargo no lo parecen, pero los sentimientos de una mujer nunca cambian, aunque éstos sí lo parezcan.

Al rato una persona bajaba sola los escalones del departamento de Lengua y Literatura, caminó el tramo entre la puerta del departamento y el asiento de concreto más cercano, allí se encontró con otra persona, la estaba esperando, se dieron un tope de labios, se cogieron las manos y se apresuraron a caminar hacia afuera, mientras ella le contaba que no veía las horas de terminar su carrera para no venir más a esa universidad.

Tal vez los años pasaron por estas paredes, muchos caminaron su pasadizo y subieron su escalera, muchos se acercaron al borde de la ventana y también respiraron el ataque de un ventarrón que se estrella donde el alveolo más recóndito de los pulmones; pero de seguro no contuvieron, ésos muchos, un suspiro cuando vieron a un hombre parado en un rincón, su frente y su corazón desmayados sobre una ventana empolvada, mirando la salida de una pareja que se pierde entre la multitud de otras.

TRES MONEDAS

Otra vez el timbrado en mi celular; mi bolsillo padeció con heroico cuidado un temblor violento. Se trató de una agitación, creo también, en mi pecho que me llamó a decirle: Aló... Sin embargo, no apuré en ir a responder, esperé unos segundos y lo que temí se hizo realidad. El timbrado se detuvo; solo fue un remezón. No quise atenderlo ni recordarlo por ese momento, dejé que pasaran las horas sin querer ver quién intento llamarme.

El auto pasaba ya los cerros de El Porvenir, para eso el celular aún continuaba dentro del bolsillo y todavía no quería asirlo, mucho menos ver su pantalla. Cuando llegué a mi casa, lo primero que hice fue quitarme toda la ropa. Dejé el celular a un costado de mi cama. Por ello, no pude evitarlo y cuando lo ponía sobre las sabanas vi que la pantalla decía: una llamada perdida. Fui fuerte aún y me apuré a darme un baño. Al rato, salí de la ducha y antes de vestirme lo cogí con fuerza como se coge un puñal para hacerte tú mismo daño, entonces lo miré. Era ella, otra vez con su mudo saludo. Me había timbrado. Pero, ¿a quién más habría timbrado? De seguro, timbró a sus frívolas amigas y a esos hijitos de papá que tiene como amigos (debe estar enamorada de alguno de ellos) y de ese mundo plástico de la tarjeta de crédito y del Facebook. Luego me oí decirme: ojalá pueda dormir.

Aquel había sido un día diferente, por más que mi pueblo o mi calle o mi casa eran las mismas que otras veces. Lo que lo hacía diferente era yo. Después de varios días me había decidido a hacer lo que postergaba tanto por escrúpulos y por miedo. Esa noche llegué después de haberme entregado a las piernas de una mujer. Sí, lo admito, de una ramera. Lo hice y creo que lo necesitaba. Qué si me arrepiento o no tengo remordimiento

alguno, no lo sé. A mi defensa debo decir que se hizo una situación inesperada y que de ello surgió una experiencia algo especial. Ahora, ya recostado sobre mi cama, la luz del nuevo día traspasando la ventana y yo con el cansancio de todo lo vivido anoche, que creo pronto me dormiré, pienso que inconscientemente no iba a buscar solo placer como se acostumbra, y por ello encontré lo otro.

Estuve al frente de esa puerta de lata, lo recuerdo, allí en esa casa del escondido extremo de la ciudad. Adentro ya, en el reducido cuarto inundado de perfume barato, no dudé en querer vacilar, y así lo hice. No valía la pena estar ahí por una causa tan terrenal. Después de todo, esa niña, esa causa terrenal, solo quería ser tu amiga y serlo para ella, era de esa manera. Parecía que no le importaba si tú le entregaste tu corazón en dos, ella fácilmente las confundió con un simple libro olvidado en algún lugar por el desinterés, y con un simple peluche ninguneado por ser uno más de los muchos que tenía. Sin embargo, recordé por qué y para qué estaba ahí. Me encontraba lastimado de tanto besar y acariciar su boca y cuerpo con solo mi pensamiento que no había tiempo para suspiros románticos.

Recuerdo que, en el cuarto de ajustadas dimensiones rectangulares propias de un callejón, había una silla; cerca de ésta, había un calendario con la imagen de una playa azul al fondo y como primer plano la espalda de una mujer desnuda. Sobre la silla había un rollo de papel, de esos rollos de doble hoja con textura áspera y con grabados de inocentes dibujos, además, de tener una leve fragancia para disimular hasta los humores más intestinales. El papel y la misma silla tenían una apariencia de haber sido ya usados en diferentes modos y circunstancias. Mi recuerdo sigue reptando por aquel lugar; había un lamparín, del cual su iluminación no era la suficiente para todo el cuarto, por eso tardé en reconocer todo lo que había dentro. Y por supuesto, ese cuarto de paredes manchadas y rayadas con los más obscenos grafitis para la ocasión, tenía también una cama.

De pronto, me percaté que la figura de una mujer emergía de la oscuridad, desde el fondo del cuarto, todavía no visto. Entonces, viró mi mirada como un acto reflejo no hecho por mí hasta ese momento. Ahí estaba la figura, parecía casi desnuda, acorazada apenas por un diminuto triangulo de tela, color verde oscuro. Recuerdo haber visto algunas veces que las bailarinas de esos programas musicales de la TV se lo ponían cuando la cámara generosamente las enfocaba de abajo para arriba. Creo que llaman a esa prenda hilo dental y no por estar relacionada a ser una prenda que provoque sacarla con los dientes o algo parecido, sino por su cortísimo o exacto alcance para cubrir la vergüenza de Eva. Y ahora parecía que esa mujer solo tenía puesto eso sobre sus caderas. Pero lo tenía puesto de una manera tan sugerente que delataba estar presta, la prenda, en cualquier momento a ser caída por el suelo, ser pisoteada y olvidada por el mismo cuerpo que la recordará, la buscará y se agachará para recogerla en algunos minutos; o ir por los aires, previo apurado descuelgue por sus piernas, para empezar sin retazos ya de pudor lo que se puede pactar como trajín amatorio.

Avanzó hacia a mí y pude verla toda y confirmar ante la presencia de la luz que tenía los pechos sueltos y muy insolentes. Sus pechos eran dos redondas alabanzas a la voluptuosidad de una hembra. Alguna vez, de chiquillo, escuché a mi difunto abuelo que le decía a dos de sus amigos, en sus días de naufragio por los mares de la chicha casera, que la valía de una mujer es conocida centímetro a centímetro según la gordura de sus tetas. Y por Dios que con el riesgo de caminar cerca del más canallesco machismo, pero mirando al par que tenía al frente, sí que tenía razón mi muy machista abuelo que en paz descanse. Cómo eran de robustos esos frutos que creo tiritaban como maduros racimos al leve soplido de esas mis agitaciones.

—¿Qué si lo deseas completo?

Pude volver en mí y entender que esa sacrificada mujer ya había iniciado la corta entrevista; me preguntaba por segunda

vez o por tercera sobre el servicio. Era una chica de rostro ovalado con señas de una chica de veinte años; en el lado derecho de su rostro me percaté que tenía una pequeña cicatriz, casi imperceptible, pero que de seguro ella siempre ve cuando se atreve a mirarse al espejo. Sus cabellos caían lacios sobre sus hombros, unos pocos, el resto nunca los vi. No era alta, era ancha, aunque como todos las queremos que lo sean en la parte donde caen las manos, donde nos prendemos para apretujarlas con todos los brazos que tenemos hasta el último aliento del animalesco deseo carnal, donde una gota de sudor deja de caer para resbalar hacia los costados por ser prominentes esas caderas como desafiando la gravedad por un momento.

La vi besarme y hacerme otras artes para después invitarme, con unas palabras tan excitantes, tan nuevas para mí, pero tan aprendidas para ella, a empezar, para luego terminar quizá mitad enredados y mitad enganchados, y así, ojalá si nos quedaba algo de tiempo, poder conversarnos. Unos segundos y la vi recostada sobre la cama apuntando al techo las rodillas y las tetas. Para eso, no sé si fui yo con el mismo acto reflejo de hace un rato, aunque más atrevido, pero aquella muchacha ya no tenía nada puesto: la prenda verde apenas llamaba la atención cerca de la silla por el suelo. Ahora estaba desnuda, mirándome y cantando una melodía dulcemente obscena que ante mis ojos se hacía carne con una belleza mundana y que me hacía erguir la lujuria más fangosa hasta el cielo.

—Eso, ahora pone el pantalón en la silla y ven ya...

Me dijo con una confianza de varias largas noches. Tal vez me conocía. Por eso el cariño de su tono en las mismas palabras que, ahora lo entiendo, le dice a todos. Parecía pedir que le confié mis penas y a la vez parecía confiar en mí, en que ahora dependía de mí si quería curarme y continuar con la natural y milenaria agresión pélvica en una pareja.

—Qué pasa amiguito lindo. Vamos sube...

Esta vez me lo dijo abriendo más las piernas y poniendo sus brazos debajo de su espalda, haciendo con ello que sus pechos

generosamente se extiendan y apunten más, tanto que desde donde yo estaba ya no veía su sonrisa, me imagino su linda sonrisa, solo escuché de ella una dulce risita indulgente. Unos segundos pasaron en ese cuarto recreando los dos lo que seguiría al pasar los minutos, y entonces justo en ese momento escuchamos aquel timbrado y vimos que allá en la silla, el bolsillo de mi pantalón se remeció e iluminó por solo 4 segundos para después quedarse mudo.

—Oye tontito, qué no apagaste tu celular...

Luego dio un bostezo, después levantó un pie como para hacer piruetas en el aire como queriendo desperezarse de la inactividad, demostrándome con ello lo bien formadas y gruesas que eran sus piernas; yo miraba cómo con sus dedos jugaba tan infantil, y mi mirada recorría ávidamente desde su excitante pie hasta el abultado cimiento, en la cama; y recordaba más aquel timbrado cuando en eso, creo, murmuró una frase. Me repuse de la interrupción con violencia. Quise ir a apagar el celular, pero era en vano, ya nadie timbraría; por eso decidí nuevamente sobre mi primera decisión. Había finalmente comprendido que todo era cuestión de darle a esa muchacha algunas cornadas para luego cambiar las gracias por tres monedas. Nada más.

Aquella samaritana del amor fue una dedicada instructora en tan loable oficio, sobre todo para un hombre como yo, quien herido en el pecho y que, según mi amante, cuando en pleno momento en el que por la excitación creíamos se reventarían nuestros ojos, mencioné repetidas veces entre sus gemidos y jadeos míos el nombre de la autora de aquel timbrado. Nos preguntamos casi todo en una conversación que se volvió igual de placentera y que se prolongó después de que terminó su labor de la noche. Después de una hora de haberme atendido, salimos y caminamos por calles y parques conocidos por mí, para luego retozar en camas de hostales conocidos por mi maestra, durante tres horas más.

Martha, dónde estarás, el otro día nunca llegaste donde habíamos quedado, tampoco estás ya en ese burdel ni en

cualquiera de sus cuartos. Debiste coserte las piernas y amputarte las manos para nunca más abrirte ante un hombre cualquiera que de seguro no preguntará tu nombre ni recordará tu rostro a la media hora. Ojalá encuentres a otro como yo, con un dolor como el mío y lo cures para siempre. Pero sobre todo, para que te pregunte lo que yo sí hice, y para cuando te entregues lo hagas sin rechinar los dientes y sin la necesidad de escupir a la ropa de tus clientes la poca dignidad que te queda por tu mala suerte en esta vida, la que no te insinuó siquiera un consejo o una rezondrada de alguna conocida, de una amiga, de una madre. Me contaste que tu cicatriz se hizo porque tus uñas no quisieron obedecer la orden de tu pobreza. Reaccionaron así y te hicieron esa cicatriz que siempre ves y macula tu rostro, después de la primera vez que te forzaron a humillarte, como única solución a una vida sin oportunidades, típica de una muchacha huérfana, venida de algún pueblito cercano a Moyobamba, que trabajó ofreciendo limones en La Hermelinda o recibiendo carajos y manoseos en casas de San Andrés. Me hiciste llorar, Martha, y creer que sí, que la Facultad de Enfermería había perdido a una gran amante, además de una gran enfermera. Martha, quiera Dios vuelva verte porque cuando en mi casa cogí el celular para confirmar que me había timbrado —en aquel momento lo recuerdas— la misma niña tonta que te conté me robó el corazón; encontré en el bolsillo de mi pantalón las tres monedas con las que creí te había pagado.

EL PASAJERO

*Aquel gol que le hizo Maradona a los ingleses
con la ayuda de la mano divina, es por ahora la
única prueba fiable de la existencia de dios.*

MARIO BENEDETTI

El ruido del motor apenas molestaba los tímpanos cuando la combi frecuentaba la avenida Perú, aquella que su prolongación, casi infinita, invita a imaginar una que otra fantasía hasta llegar a ser un ente ido, inexistente y poco sensible para el cobro rutinario, para ese tramo del viaje, del “pasajes por favor”. Recuerdo también que nadie disparaba una palabra, salvo un estornudo que llegaba del fondo, todos veníamos callados y sin ánimo, ni siquiera para decir “baja” cuando veíamos que la esquina siguiente era nuestra parada, donde continuábamos nuestro regreso, aunque con la dependencia ya de nuestras acalambradas piernas. Yo, recostado sobre el vidrio que correspondía a mi asiento, solo esperaba que el camino se encoja o la combi tome portentosamente una velocidad sin igual y llegué a mi esquina en el minuto más próximo a las 9:54, cuando miré mi reloj, escondido éste en el ostracismo de mi pantalón por razones que no detallo ahora.

Tengo que decir que mi apuro no dimanaba de mis ansias por pisar mi sala o estar sentado en mi venerado wáter, no. Tampoco de saludar a mi madre —ella a esa hora no piensa aún regresar de su adicto refugio—, menos estudiar de las fotocopias que llevaba en el folder; no nada de eso, sino que soy un animal raro, un animal que se hostiga rápidamente en el lugar donde está. Soy un practicante de la claustrofobia y otras sandeces que te metes a la cabeza para justificar tus debilidades genéticas y tus

negligencias sociales —lo reconozco—, las que, salvo en mi caso, nunca son deliberadas.

De pronto, en un momento de ese viaje, la combi paró; nadie de nosotros había bostezado para bajar. ¿Entonces? Sí, alguien estaba afuera, había levantado la mano y solo el chofer lo vio, primero para dudar un instante y luego quedar así presto para que ese nuevo pasajero suba. Estaba solo en un lugar —ahora me percató— demasiado extraño para que una persona espere en la oscuridad de un paradero olvidado por sabe Dios qué. Pero no había asiento desocupado, es que los carros, antes de entrar por los muy comentados arcos de El Porvenir, siempre pasan llenos; y es más, los choferes pisan el acelerador tan fuerte como yo con desespero achacando una cucaracha. El propósito es salir lo más rápido de aquellas oscuras cuadras.

El impertinente, después de doblarse y acomodarse en el corto pasadizo, pudo recién exhibir su chocante fisonomía. Era un hombre no alto, con muchos pliegues en el rostro, solo superado por los que traía su ropaje. Tenía un aliento demasiado hediondo, como si hubiese cenado las heces de su miseria y no digo más de ello porque fue tan insoportable que empiezo a creer que el recuerdo conserva el olor. Casi dejamos sin vidrios a esa combi, y alguno, desmesurado, criticó con una indirecta al asqueroso pasajero. La repugnancia colapsó de saliva nuestras bocas y terminó de ahogar el cansino ánimo de aquel rato. Pasaron los minutos y el vehículo avanzó sobre la ruta aprendida y cada vez nos quedábamos menos. Los que bajaban, lo hacían con una desesperación, para mí, pasado el primer impacto, exagerada. Pero ellos preferían evitar la simulación con un insulto declarado para este hombre típico de aquéllos sin mirada o que si la tienen te dan una muy rápida y ladrona, como huyendo de tus ojos, como solo lo hacen los que amenazan volver a mirarlos. Para entonces, el indigente tuvo que sentarse, ya habían asientos libres, y por tanto, si nadie se atrevió a reclamarle por qué subió, menos ahora unos pocos le prohibirían que se sentara. ¡Ah! Se sentó a mi costado y como

dije parecía que su ensalivoso hedor se había ido de a pocos con cada persona que bajó, de acuerdo con cuanto lo denigraron. En ese momento, sentado ya, noté que llevaba una bolsa negra, creo de costal raído y muy sucio, que parecía contener unas cosas que a ratos por el movimiento de sus manos, y de las vueltas de la combi, se rozaban emitiendo sonidos chirriantes que levemente lastimaban mis nervios. Aquella bolsa, la noté, la llevaba con una impresión de querer esconderla de los otros, de que solo yo me dé cuenta de que estaba armado con desconocidas cosas filudas y contundentes. La tenía a un costado entre su esmirriada pierna izquierda y la mía.

Éramos, me parece, seis pasajeros cuando yo, distraído con el límpido cielo de verano, escuché una canción de los labios rectangulares de ese mi compañero de asiento. ¡Caray! Sabía utilizar sus cuerdas vocales, aunque la melodía caía en una intermitencia al compás del sinuoso camino. De aquella canción solo recuerdo lo seguro y lo posiblemente completado con la lógica de la situación. Tengo dudas, pero creo era más o menos así:

*Solo el sol conoce mis días.
Solo la luna sabe mis noches.
Solo ellos pueden, las veces
Que quieran, ponerse tristes
Y suspirar las penas mías...*

Tremendamente empalagosa la cadencia de esa melodía; debió ser un retazo de trova aprendido entre guitarras y soledades. Todos la escuchamos, nadie decidió mirarlo; todos la entendimos, nadie supo callarlo. Después de todo era un triste canto, una simple canción confundida creo a ratos con su mismo lloro. Quizás el fulano estaba empachado de todo, se había encontrado perdido en el infierno de esta vida, olvidado por ese que dicen que existe y que lo sabe todo, pero que ignora que en la vida esta, ya empieza el pobre a pagar con hambre su

atrevimiento a encariñarse con el existir. Tal vez era un desgraciado por esas jugarretas del destino que no avisa para despedirse de las risas y de los paseos de inicio de octubre; o simplemente, leyó a Sartre y Nietzsche.

De ello no lo sé bien, pero ahora debo decir lo de mi reloj. Estaba en mi bolsillo izquierdo por razones de salud y economía. ¿Cómo? Sí, era el tercero en algo de un mes y días, ya que los anteriores, en mis aplicados momentos de diálogos o con mi reflejo o con la luna, fueron arrancados de mi frágil muñeca por atrevidos adolescentes que, además de dejarme adolorida la mano, me recordaban a mi madre con una alusión nada esperada para tan poético momento.

—¿Qué hora tienes? —se oyó

Era un enunciado agresivo e inquisidor y lo que era peor, dirigido hacia mí. El hombre había volteado su cuello perfectamente noventa grados para mirarme como esperando la hora en mi respuesta, como si hubiese sabido desde siempre que yo traía un reloj de marca taiwanesa en mi bolsillo más lejano. El miedo se acrecentó, pero no sé por qué mi mano fue en busca del exiliado aparato y ante el tropiezo de mis labios, después de mirarlo:

—Sssson las diez yyy media.

Solo así cambió la dirección de su punzante mirada. Increíble, aquél era la misma persona que había subido ante el repudio de todos, solo con la indulgencia mía, y ahora era yo genuflexo a su palabra.

Llegó el momento de aquel viaje, cuando inevitablemente se llega a la tierra donde aún quedan los rastros de nuestros primero gateos, y en el que el cobrador, al ver cercano su descanso, es decir ya en los temidos arrabales de esta ciudad donde hay tanto “serrano” y donde lo único que asienta al polvo de sus calles es la sangre derramada, a los que se hicieron los dormidos en un inicio, les pide sus merecidos céntimos para reunir una cantidad que repartirán inequitativamente él, el chofer que sagazmente no lo ha dejado de mirar por el retrovisor, y el

dueño de la combi, quien gana su parte más la parásita plusvalía sentado en el cómodo sofá de su sala. Para entonces, una señora que iba atrás, en el último asiento, y yo llegábamos en ese último carro de la noche para esos lugares. Solo nosotros los escuchamos:

—No te pases, no te voy a traer gratis.

—Se me cayooó... Por aquí.

—¿Qué?

—Ha sido un sol...

—Chchasumarr... No sé ah.

—¡Él me ha visto!

Todos ellos miraron a quien ese hombre señalaba como testigo de su accidental pérdida. Ese era yo. Y digo todos porque creo que hasta el chofer, espectador y oidor en silencio de todo, también me miró. Sí, el hombre me había señalado como casi cómplice de algo que yo no había visto, es más, que tal vez nunca sucede para verlo o siquiera imaginarlo, el que torpemente se te caiga una moneda dentro de una combi cuando estás sentado. De más está decir que balbuceé sorpresa y desconcierto ante tremendo cargo. Me vi en un juicio con un solo testigo: el principal y decisivo era yo y me pedían con apuro y coacción dar el veredicto; para ello, esperaban el juez y el acusador. Podía decir “No, no sé de que está hablando este loco”, pero era tan aterrador el pasajero de mi costado que me provocaba recrear una escena en la que después de que bajara de la combi, todavía a dos cuadras de mi casa, era brutalmente agredido con golpes y cuchilladas hasta caer y no reincorporarme; imaginaba mi cuerpo desangrado sin nadie que, al verme tirado en un rincón de la calle, me socorra por no querer meterse en problemas ajenos. ¡Carajo! Miles de cosas pasaron por mi mente, tal vez conocía a mi padre y solo jugaba, por lo que debería seguirle el novedoso juego de esconder monedas y echarle la culpa a los hijos de los amigos o conocidos. Pero no, sabía que debería ayudarme con una voz carrasposamente engolada y una mirada de maleante, y quizás

alguna lisura que se aprende con el paso de los años. Hasta creí que era la oportunidad para estrenar los puños y exigirle el por qué me metía en sus engaños. Pero, ante la pregunta del irritado cobrador y el silencio apabullante de mi compañero de asiento, no me quedó otra cosa que decir:

—Sí... Ha, ha tenido un sol.

—Ya vez, se me cayó por debajo de este asiento.

Señaló a un lugar que si bien era fácil que caiga una moneda, mucho más fácil era no hallarla nunca al menos que se desarmara el carro completo. Me recosté con más presión a mi parte del asiento y por un momento blanquecí mi mente. Solo escuché, me parece, el sonido de la puerta cuando se le desliza para abrirla y para que baje alguien. Entendía bien la lección de ese hombre; sin embargo a esa mi edad y a esa corta lejanía en mi vida, no comprendía por qué sucede algo como eso; cómo hay cosas que se conocen fuera de la ficción de tus libros, al menos ahí nunca encontré por qué la lluvia cae, simplemente pienso puede el proceso invertirse y no tener así el suelo mojado; por qué $1 + 1 = 2$, porque Álvaro el otro día me dijo que podía demostrarme con un teorema que no era siempre así, debí atenderlo; por qué era yo, tan yo como para que el tigre me haya dado una mordida letal en la yugular y ahora me deje desangrándome; por qué escurre entre mis dedos el agua; por qué se consume mi pensamiento en banalidades dibujando con líneas de colores el rostro de una niña. Muchos por qué sin respuestas o que los tenían para todos menos para mí, para el yo de ese momento, pero que creo me consolaron sin llegar nunca más a consentirme ni nunca más a ocultarme el sarro de nuestros últimos dientes, sin antes sentir el dolor que se debe sentir. Era tanto el nosequé hacinado en el ojo por ese amargo aprendizaje que, cuando llegué a mi casa, hasta podía rebatir con coraje primitivo que simplemente la rueda no rueda.

LOS AÑOS PASAN

Debemos arrojar a los océanos del tiempo una botella de náufragos siderales, para que el universo sepa de nosotros lo que no han de contar las cucarachas que nos sobrevivirán: que aquí existió un mundo donde prevaleció el sufrimiento y la injusticia, pero donde conocimos el amor y donde fuimos capaces de imaginar la felicidad.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

El día pasó muy lento. Parece que en los feriados largos, los minutos caen grano a grano dentro de un reloj de arena mojada. Por ello, la rutina muchas veces te asfixia, te aburre. Estás harto de hacer lo mismo y que en todos los días no haya para ti nada nuevo que cambie tus discos rayados. Que el uniforme gris, el que te queda ajustado, tienes que ponértelo para salvaguardar tu apellido de algún memorando de la Directora; que el maletín, el que mucho se parece al que tiene uno de tus alumnos, no lo lavaste, y un sin número de cosas que hacen los mismos dilemas de siempre. Todo parece lo mismo, el mismo comienzo y la misma despedida. Tus días son como las historias de esas series americanas de la televisión, en las cuales ya sabes el final, y por más que simpatices con el protagonista, ya no quieres verla. Sin embargo, creo que esa rutina te hace la vida que te tocó: sin ella estarías dentro de tu casa, toda una tarde chocando de pared en pared, buscando un pedacito de esa rutina, tan lo mismo, tan necesaria.

Debían ser algo más de las cuatro de la tarde, y ahí estaba yo detrás de unos andamios y sentado a una esquina de mi mesa, dentro de mi sala la que dividimos para hacerla una bodega. Estaba mirando hacia lo lejano; allá pasando la puerta de mi casa, la que durante todo el día siempre está abierta

aunque amurallada por una vieja reja, la misma que años atrás hizo de niñera y me prohibió salir a la calle. Mis cuadernos y lapiceros del profesor que soy se rehusaron a trabajar. El ánimo de ese día estaba dispuesto a quedarse mirando abstraído en cualquier lado donde no llamen a mis vistas ningún comentario ni pidan respuestas para nadie.

Sin embargo, mi conciencia, que es el último sentido que se pierde, estaba todavía en esa sala porque una orquesta, que para estos lugares llaman banda de músicos, esparcía un sonido que hacía de música de fondo en mi abstracción. El sonido era lejano, pero el eco de los cuetones y el tronar de las voces, aun sonaban por mi calle y se adentraban hasta mi como lenta neblina triste; había pasado una procesión llevando sobre sus hombros el féretro de una mujer joven. Hace unos días, en los noticieros se dijo que la habían encontrado junto a otra, asesinada por tres balazos en un descampado de La Esperanza. Y hoy como todo entierro de gente temeraria, más si viven en barriadas como ésta, la parafernalia y el bullicio de sus familiares y amigos imitaban al distorsionado orgullo por la partida de un ser querido que vivió una vida digna a ser copiada.

En eso pensaba. Los entendía con algunos ratos de envidia; cómo hasta ellos y en esas circunstancias, se tienen unos a otros y se demuestran cuanto se quieren. De pronto otro sonido abofeteó y saco del letargo a mi pensamiento; por lo que unos pasos logré escuchar que avanzaban afuera en mi vereda. Los pasos llegaron y se detuvieron creo a unos cinco metros de donde yo estaba. Un sonido característico de roce entre el cable metálico y uno de los fierros oxidados de esa reja, se escuchó; luego, entre unas piezas plásticas y una moneda y otra y otra. No supe si seguían otros sonidos porque en ese momento pasó un camión y se llevó consigo todo pequeño sonido como si fuese una gran ballena jorobada la que pasa y se traga todo pez con el que se topa. Cuando ese gigante sonido se iba en

dirección a doblar la esquina, hacia la otra calle, pude recién escucharlo. Era él.

—Hola, gordita.

—Soy yo, gordita.

—Te estoy llamando desde ayer, por qué no me contestas.

—No te voy a fallar, gordita. Te prometí hacerlo y lo voy hacer.

—Pero, qué ya no me quieres.

—¡Gordita!, ¡gordita!, ¡gordita!...

Un sonido y tres más que eran las de tres monedas que caen sobre otras en un pozo se oyeron con fuerza. Yo miraba por una de las rendijas que me cedían mis andamios a ese señor, del que sabía era un hombre educado de unos cuarenta y tantos años. Se había hecho un hombre mayor acompañando a sus ancianos padres en el mismo tiempo en que había logrado construir una casa decente, pero muy grande ya para vivir sólo con ellos. No había podido conformar una familia en sus años mozos, por más que lo intentó; por ello, lo sentía pero no se lo recriminaba ni cuando se topaba con sus muchos amigos y los veía caminar junto a sus hijos y esposas por la vereda del frente. Son cosas del destino siempre se dijo como echándole la culpa. Ahora él buscaba con avidez algunas monedas en su pantalón. No, parecía que ya no había más monedas.

Mi mirada estaba con él. Mi pensamiento estaba en un lugar que quedaba tras pasar algunos años. Volví a pensarlo, para eso ya había echado dos monedas y el tercer sonido de metal sujetado le avisó para que marque. Menos de un minuto y colgó. Otra vez la misma maniobra, las monedas se oían dentro del teléfono como prisioneras listas a ser arrojadas al mar, y no sé por qué, pero parecían esas monedas no estar contentas a ser sacrificadas en vano.

—Aló, gordita

—Gordiiita, ya puees, por qué me cortas.

—Ya te he dicho, dame una hora y yo estoy allí

—Claro, tus hijos también.

—Entonces, ¿quedamos en la plazuela?
—¿Qué dirán ellos? Ellos no importan, gordita.
—Sí pero, gordita, no me dejes por favor.
—No, no...no gordita, no quise decir eso. Discúlpame.
—Dentro de una hora en la misma plazuela del otro día.
—Sí, gordita, sí...Te quiero mucho.
—¡Aló, gordita!, ¡gordita!

Colgó el auricular y las monedas sacrificadas se oyeron caer. No dijo nada más, sólo un sonido de cólera reventó de sus labios. En ese momento volteó y se fue. Algunos segundos pasaron de lo observado y después de refregarme el rostro con mis dos manos como queriendo estirarlo y con ello comprender lo conversado por él; salí, no había nadie ya. Entonces, observé mi teléfono público, llevaba colgado en ese lugar ya tres años. Habían pasado tres años en mi vida y recuerdo que cuando lo trajeron me dije que las cosas del destino a veces tardan. Dentro de mí unos sentimientos de miedo y angustia formaron una gruesa cuerda y se me enredaron por la garganta. Recordé un nombre que pensaba había olvidado y por Dios que casi lo pronuncio, me quedé en el sonido fricativo de la S. Pedí que en ningún momento ni en cualquier lugar de este planeta ella coincidiera conmigo en alguna vereda. Un suspiro y cuando cerraba ya aquella reja me dije: Caray, no quiero quedarme solo.

ANODINO

*Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios.*
CÉSAR VALLEJO

Es la cuarta vez que voy al baño en menos de diez minutos; llego allí, me siento y nada, tan solo un ligero desahogo en mis tripas al soltar un agudo soplido y después otra vez lo mismo. Son días en los que estar ocupado es una gran bendición, y no porque alguien me impele o coaccione para ello, sino que los recuerdos de esto y esto otro pueden enajenarme y ocasionar en mí una persona retraída, ensimismada y muy asustadiza a cualquier aviso intempestivo venido por mi espalda. Y por eso también recurro artificiosamente, en un inicio a leer durante una hora, dos y hasta tres en un mediodía; debo decir que necesito urgentemente información sobre mi profesión, si es holística y enjundiosa, mejor.

Han pasado cinco años bien vividos en esa Universidad, estoy a puertas de salir a la calle a pedir una oportunidad para trabajar y así servirme yo mismo la comida. Por ejemplo, hoy salí y fui a un colegio donde realizaré mis prácticas profesionales. Estuve esperando fuera de un salón, oyendo solamente la modulada voz de una profesora en plena explicación de una clase de ciencias; yo esperaba a mi asesora de prácticas quien tenía clase en un salón contiguo a aquel. Debí llegar temprano para acordar si dictaba mi primera clase, pero habían pasado ya 10 minutos, por lo que no me animaba a tocar la puerta. Recuerdo que la otra vez por un par de minutos de retraso, mi asesora me rezondró; a pesar de que solo era la segunda vez que hablábamos, no dudó en hacerlo. En aquella misma ocasión, después de

enrostrarme mi derrota con el minuterero, me hizo pasar y sin presentarme a sus alumnos del cuarto año me ordenó que me vaya al fondo y no haga nada sin antes avisarle para que decida ella. Así lo hice aquella vez, como lo he hecho también hoy. No he tenido intención de dialogar más que lo necesario con la gente. Sobretudo hoy, que en plena hora punta, esperando en el concurrido paradero que queda cerca a mi casa, estuve muy callado, ni siquiera tuve ganas de saludar a esa chica de cabello suelto que, cuidándose de no ensuciar con tierra sus zapatos de enfermera, también llega a esperar conmigo la línea que pasa por el hospital y luego por mi colegio; por lo tanto, lo que me pedía, y aún me pide esta asesora, me parece sabio y de buen gusto: el tenerme como alguien que está pero que a la vez no.

Toda la clase de hoy, que fue muy breve y trató de la nada provocativa literatura de la colonia, estuve en ese fondo, a veces recostado a la pared y en otras, sentado en una carpeta sobrante, la cual me di cuenta muy tarde de que como no la usaba nadie estaba llena de polvo. Mi asesora hizo cumplir lo ordenado por ella aquel día de la rezontrada y repetido hoy otra vez: “Durante este mes y parte de julio solo serán observacionales”. “Profesora, sin embargo necesito completar doce clases”, le dije con algún afán por demostrarle que ya estaba aburrido de estar sentado como un alumno más; incluso, antes de que me diga: “Disculpe joven, pero no...”, le insistí mi pedido con una quizás inapropiada pregunta: “Usted cree que las podré hacer”. A lo que muy pragmática ella, respondió: “Yo trabajo así, joven. Decida si se queda”.

No hay cosa digna para siquiera recordar de esta mañana. Ahí, sentado, cogí el lapicero y empecé a rellenar con un rojo ingenuo todas las “o” de mi fotocopia, creo que me faltó unas cuantas para terminar la quinta página. Al final, cuando terminó la clase y la esperaba en la subdirección para decirle de que mañana no iba venir, y mientras que la secretaria estaba increíblemente callada frente a la computadora —creo chateando con su enamorado, lo digo porque la muy escueta subdirectora le

hizo una pregunta que ni escuche bien, pero a la que la entretenida muchacha no dio respuesta—, yo a dos manos me sacaba con fruición una espinilla del rostro y me la llevaba a la boca. De pronto, una muy elegante profesora de intenso tinte en su cabello entró donde estábamos y me preguntó, sin contestar un saludo, si “dirigir” se escribe con g o con j. Sus ojos amoratados se depositaron en mí, y en ellos pude ver que quería escuchar una respuesta para utilizarla con fines desconocidos pero creo nada santos. Digo que sus ojos, porque a pesar de que la había visto segundos antes venir por la ventana, cuando entró y me lanzó el reto, me atreví a verlos por un instante, me asusté y me incomodé al sentir su existencia tan próxima a la que tenía en ese momento, sin importar ya las de la secretaria o de la misma subdirectora que estaba en absoluto silencio al otro lado del escaparate. La vi frente a mí con uno de sus muchos trajes de gala que simbolizaban una dilatada carrera de profesora con logros y remuneraciones chatas como estancadas, pero que de seguro aliviadoras para el maltrecho presupuesto de cualquier persona de la clase media de nuestro país. Además, tenía puesta en su rostro la misma mueca de indiferencia que, desde hace dos semanas que asisto a este colegio y durante ese tiempo, nunca me ha devuelto el saludo. La había saludado sin obtener respuesta ni por cortesía, ni mucho menos por el deber que tienes de enseñar con el ejemplo si eres profesor y más si estás dentro de un colegio. Esa delicada profesora siempre me ignoró como si hubiese visto en mí a alguien del pasado y al cual debía tratar así más que por malos modales, por algo parecido a un instinto adquirido en circunstancias parecidas. Lo hizo como se ignora a una persona después de creer que ésta habló con ínfulas de superioridad de tu manera de enseñar o, quizás, de tu manera de ser en la vida. Yo no lo haría. Sin embargo, mañana, siendo un profesor nombrado en este sistema educativo y con el pálido orgullo de un profesor en el Perú, y aun más, con el brillo de mi traje y perfecta mueca de espejo, creo que al nuevo practicante, ese muchachito que recién llega a pedir una oportunidad de dictar clases cuando va

terminar ya el primer semestre, le haría también una pregunta parecida. No sé cuál, pero por lo menos una.

Si supiera esa profesora que yo solo le contesté con algo de seguridad porque horas antes, en la mañana leí *El problema agrario del Perú* de Mariátegui, y ahí encontré esa palabra. Si supiera esa señora con apellido postizo desde su matrimonio, que yo estoy algo más extraño de lo normal, a veces creo que aún me quedan rezagos de aquel año en el que no viví. Si supiera que yo provengo de una modesta familia allá en El Porvenir, con una casa que tiene una grotesca sala donde todos nos sentamos, pero muy rara vez alzamos la mirada para no ver las toscas e hirientes paredes que nos rodean. Si supiera que yo últimamente padezco una irreversible manía de jugar con mis manos para que después entre el remordimiento y la indisposición me joda con una cada vez más punzante dolencia en el bajo vientre. Si supiera que luego de contestarle tuve que adentrarme por ahí cerca, en la urbanización Palermo, para tocar de puerta en puerta con lapicero en mano y el “por favor” en la boca, pero cuidándome eso sí de no llegar a Aranjuez y sus calles sin compasión, además de no encontrarme otra vez con una persona que haga la misma mueca y me niegue su apoyo en ese momento y no me devuelva el saludo cuando aspiro a ser como ella.

Pero felizmente, no lo sabe. Con la respuesta dada y con mi porte simulando una gran victoria, la profesora se sintió mal y creo diferente, el final no se había repetido. Salió otra vez llevando su desdén de esa habitación y la vi cruzar el patio hasta el salón del primero. Iniciaba con diez minutos de retraso la clase sobre el sugestionado sistema nervioso humano. ¿Acaso ella no pudo contestar la pregunta que le lanzaron hace veinte años atrás cuando no sabía con seguridad si se dedicaría a esto?

Al final no esperé más a mi asesora. En este día no me despedí de nadie, en un descuido de la locuaz secretaria me deslicé por las paredes y salí a la avenida. He llegado a mi madriguera y no pienso salir de ella hasta cuando la obligación me lo sugiera.

UN DÍA PARA NO COLECCIONAR

Ha pasado algo más de un día. Mi ánimo está estable comparándolo con el que tuve ayer. Debí subir a ese carro y venirme a la casa; debí hacer eso, pero por esas cosas del destino que ahora sé que sí existen, el carro dudó en recogerme al tener al frente la luz ámbar, por lo que al final me dejó. Es ahí cuando me dije qué iba hacer en mi casa tan temprano. Había regresado del valle y con ello había terminado una semana más. Entonces, entré por esa angosta calle, por Pizarro, al centro, sin rumbo preciso. Mi meta era solo caminar un rato y luego llegar a mi casa cuando no sea necesario responder nada a nadie de este día. Ya muchas veces lo había hecho. Esas calles me conocen y saben que lo único que yo quiero es pensar sobre mi vida al paso de sus cruces y largos. Recuerdo que esa mañana y esa tarde ya me habían demostrado que no eran nada especiales. Algunos roces con mis clientes que de seguro hoy no los recordaría; algunas impresiones chocantes durante mi viaje al pasar por Sintuco, donde ayer muy temprano murieron 32 personas en un terrible choque; y algunos otros pensamientos que, por ser portadores de jaqueca, llegaron postergados desde hace tres almanaques. En fin, un día sin encanto y que demoró en hacerse noche. Pero aun así no lo pensé y caminé de un rincón a otro hasta que de tanto eludir aquel noble ejercicio cognitivo, choque con ella.

Iba yo por medio de la calle sin la necesidad de esquivar a nadie; puesto que gracias al alcalde esa calle no permite que pasen carros, solo es tránsito para peatones y también para algunos como yo. Para eso, la noche nos saludaba ya y las luces de la publicidad hace buen rato que alumbraban los rostros de las personas. Recuerdo que volteé la mirada hacia la derecha y muy cerca de mi costado caminaba ella en paralelo conmigo, no sé

desde qué momento y desde dónde, con su pelo suelto sobre sus acompasados hombros y en sus delicados muslos unos ropajes gruesos y opacos. Su mirada hacia la vereda y su boca parecía terminar de pronunciar una palabra. Sí, conversaba con alguien. Estaba acompañada. Fueron unos segundos de confusión. Era ella, sí ella, y yo qué haría. Pensaría que la estaba siguiendo. Creo que el pie que iba a pisar se quedó en el aire, mientras entendía la situación. Ella es una chica que difícilmente estaría en su casa, a tres calles de ese bello malecón de aquel arenoso distrito, frente a un libro o frente a su ventana que da la calle, observando cómo ese cerro sostiene a su pedazo de cielo, quizá recreando la mitológica historia del gran Atlas, si es que la leyó alguna vez. Pero creo que no. Ella ahora paseaba al lado de ¿su amigo?, ¿su amante?, ¿su pretendiente? No lo sé. Pero pensar que ya varias veces había yo caminado por Trujillo, creyendo de que ella estaría pensando en las razones del por qué no le escribía o llamaba para pasear juntos los dos por algún lugar del viejo centro. Me doy cuenta que no. La vida es injusta para unos. A veces queremos a alguien, pero este alguien no te corresponde, y a veces nos quieren otros sin llegar nosotros esta vez a corresponderlos. Entonces, empiezan las declamaciones románticas y melodramáticas a la luna. De seguro, muchas estrellas caerían rendidas a tus palabras; sin embargo esa luna, tu luna, sorda y muda para ti, pasearía indiferente tantas veces como pueda que no recordaría a su tonto declamador que tiene. Hoy, a esta mi edad, creo que querer a una mujer y ser querido por ella es un verdadero milagro de la vida. Observo a muchas parejas a mi alrededor y me digo qué suerte tuvieron para que su querimiento coincidiera en los dos. A mí me resulta eso casi imposible y hasta creo es el resultado de un castigo de Dios para conmigo por los muchos labios que besé con los ojos abiertos. No fueron celos ni nada parecido. Fue pena, una áspera pena que no pude pasar por mi garganta en ese momento. Camine en línea recta como lo había hecho. Pero en eso, un gordo señor entró a mi línea y yo, que fácil no esquivaba a una tortuga, me tropecé con él o él

tropezó conmigo. Casi me derrumba, a los pies de todos. Me contuve, hice un amague de sorpresa y fastidio por el incidente y como una reacción de reclamo natural quise voltear a mirar a mi infractor, pero con ello iba a mirarla, de seguro. Entonces, voltee la mirada al otro lado, donde no había nada. Creo que se notó mi torpeza. Me repuse y caminé con más prisa. Mi maletín lo llevaba cruzado, de mi hombro derecho al costado izquierdo de mi cintura. Pesaba más de lo debido. Mi pantalón era un azul claro y tenía una chompa negra con una celeste raya horizontal a la altura del pecho. Mis zapatos y mis cabellos los tenía maltratados y empolvados. Mi aspecto era para avergonzarse de cualquiera. Recuerdo que doblé una esquina hacia Estete, antes de llegar a esa plazuela la que alguna vez la oyó decirme en una sus bancas, como una especie de acertijo, de que le gustaría venirse a vivir a Trujillo junto a una persona a quien quería mucho, y a la que conoció en una excursión nocturna a una discoteca. Luego, me recuerdo doblado en una combi con los asientos ocupados; tenía apuro para no seguir tonteando más y simulando que compraría algo. A los minutos, y después de llegar directamente a mi cuarto, y pensar sobre mi cama un rato, comí 2 platos de cena para empachar mis suspiros. Esa noche no encendí ni un segundo la luz. Me acosté sin cambiarme a las 9.30 aproximadamente con el temor de la madrugada. El celular nunca me dijo lo que quería escuchar: “Hola, recontra sobrado. Yo te llamaba para presentarte a mi hermano y tú atropellando a la gente”. De seguro ahorita ella conversa, sonríe como solo ella puede e ilusiona a muchos frente a su computadora o recién está regresando de una bonita tarde de paseo.

Me alegra bastante que ella sea feliz, a su manera, y si ojalá supiera que nunca me vio, me reiría tanto por la bochornosa huida que las lágrimas, por esta mi madrastra suerte, caerían dentro de este pedazo de papel hasta llegar a ahogar sin piedad a este muchacho de quien conté.

Nº IDILIO

No hizo caso al repetido llamado, ni siquiera la amenaza del reinicio de la huelga indefinida de profesores, allá en el televisor de la sala, le hizo levantar la mirada. Berta, con el celular en la mano, no comprendía el sentido de aquel mensaje, menos la procedencia. Pero ahí estaba, pensativa y tejiendo ilusiones en su cabecita sobre tan inesperadas palabras. Volvió a leerlo como si esperara que en esta oportunidad ya no dijera lo que le hizo dibujar en su sonrisa una media luna de muy grata sorpresa. Presionó la tecla y salió el prolongado ABRIENDO:

*Sabes, ayer te vi
y no puede
respirar por un
momento, entonces
comprendí que
mis pulmones
necesitan de tu
voz, de tu
aliento.*

—¿Quién será?— se preguntó, ahora ya con la mirada hacia el vacío.

—¡No!, seguro se equivocaron de número y me lo enviaron por error. Je, je, pobrecita la chica que no reciba este mensaje.

Luego calló, su celular retornó a MENÚ y la luz de la sala se apagó. Su padre ya iba a dormir, pero antes fue a ella para

preguntarle por el silencio a su llamado. Berta se excusó con respeto.

La bulla del salón era normal y no porque estén en momento de relajo; al frente, Pedrito hacía esfuerzos por temblar menos e improvisar más, durante su exposición. “Es que así somos, chicos muy alegres y algo intranquilos cuando estamos sentados por más de media hora”, dijo alguna vez la iracunda delegada del salón ante el reclamo del profesor Odar al término de una clase.

En una oleada de risas, Vicky aprovechó para sentarse junto a Berta cuando Cinthia todavía no regresaba de su permiso:

—Berta, tengo que mostrarte algo —con muchas ansias hizo unas maniobras, le mostró su celular y le dijo que leyera.

Berta, quien era la mejor amiga de Vicky, y con quien en muchas ocasiones había compartido confidencias incluso más comprometedoras, no podía creer lo que leía, era el mismo mensaje de anoche:

—¿Cuándo te llegó esto? —le preguntó con una desazón que no entendía la ilusionada Vicky—. Este mensaje me llegó también a mí —repuso rápidamente sin dar oportunidad a la respuesta de su amiga.

Le mostró el mismo mensaje dentro de su celular, cotejaron fecha y hora de recepción, tan solo la diferencia de un minuto, ya Pedrito se había sentado para entonces, ambas amigas se miraron, la gracia les invadió y rieron juntas por tan curioso hecho en el mismo momento, cuando el salón todo calló para voltear a mirarlas con más gracia aún.

Durante el camino de regreso a la casa de Vicky rieron todavía más, no les importaba que la huelga fuera un hecho y que les faltara tipear un informe para presentarlo a las tres, y así tener la nota para salvar el ciclo. Hablaban de cómo habían reaccionado al momento que leyeron el mensaje, en quién pensaron cuando esa noche no pudieron dormir por la intriga.

Las conjeturas iban desde ser una broma de sus amigas o tal vez la existencia de un admirador. ¿Pero para las dos?

— ¡Ya sé! José, porque el otro día...

— ¡No! José es un tosco y no se atrevería a jugarse conmigo.

Con mucha determinación Vicky calló a Berta.

Incluso estuvo el comentario preocupado pero exagerado de Vicky, de ser el atrevimiento de algún loco o enfermo que gasta varios soles en el alquiler de Internet para bajar, entre otras cosas, dedicatorias que luego las remite a los celulares o correos electrónicos de jovencitas que algo de ingenuas ha visto en ellas. Las amigas se preguntaron una y otra vez, al no estar convencidas plenamente de sus conjeturas le perdieron interés. A la llegada de la esquina donde bajarían del microbús y cuando Vicky con alarma recién se acordó del informe, todas las conjeturas se habían caído.

Pasaron algunos meses desde aquel día, pero Vicky siempre bromeaba de la anécdota. Una vez la comentó ante un amigo de Berta y por más que le dieron vuelta no le hallaron explicación lógica más que el hecho de ser una cruel broma de algún conocido por ellas.

Iván no la olvidó y en una reunión la compartió, sin dar nombres, a sus amigos que rieron por tan curioso error. “Cómo se va equivocar al enviar el mensaje dos veces a personas distintas y todavía amigas”. La risa de todos, excitada por la cerveza, convertía en un obsceno chiste la anécdota. Pero del grupo sentado alrededor de la mesa había alguien que no reía con el mismo ánimo. Venía de Pacasmayo o de algún pueblito escondido por allí, era amigo de Héctor y aquí vivía en un cuarto alquilado, ahora compartía unas risas sueltas y algunos tragos insípidos con Iván por esos azares de esta vida.

Mientras le tocaba al barrigón de Jaime contar algo que sea lo suficientemente machista para henchir el orgullo de un hombre que se siente borracho, o ridículo para reírse como

tontos, el de la callada mirada recordó ensimismado lo de aquella noche:

El celular lo presté de un amigo de Héctor. Para eso, él recién me lo había presentado; entonces Iván me dijo que bajara las fotos que había tomado para mañana devolvérselo sin falta. Lo que no tenía era el número o debo decir, tenía dos: Esa vez, cuando sentado en el monumento de la facultad, para el lado que mira hacia la facultad de Derecho, y Berta con sus amigos conversaban al otro lado mirando la puerta principal de la universidad, pude escuchar como aquél, que minutos antes le había arrancado una dulce risa a Berta, con una conocidísima ocurrencia, pidió su número de celular sin escuchar respuesta alguna. Conversaron y rieron de otros temas, aquél de la voz aguda ya intranquilo le pidió otra vez el número, en esto, otra chica como queriendo sacar del apuro a su amiga, le dijo un número —yo anoté en el brazo, tenía lapicero hace rato—, pero Berta reaccionó y le dijo otro, las amigas rieron —confundido también lo anoté—. Berta iba a explicar la broma al reconocer la confusión de aquél cuando la voz de la chica del costado interrumpió otra vez, le dijo que el primer número dado por ella era el de Berta y que no dudara más. Berta y su linda sonrisa sonaron suavemente como descalificando a su amiga. Para entonces, ambos estábamos confundidos, aquél de la voz aguda con esfuerzo se rió al rato, pensaría que como estudiaba una de las ingenierías, el pedirle un número de celular a una chica de Educación le iba resultar fácil, pero después de una invitación denegada para salir a bailar el sábado se fue con la duda y los dos números.

Entonces ahí estaba con un crédito triplicado y los dos únicos números anotados en una agenda, sin saber que hacer “¡Si la llamo!... No me conoce... tan solo la he visto unas veces cuando para sacar libros en la biblioteca hacemos colas”. Al rato pensé que no sabría decirle nada interesante, entonces: “¡Un mensaje!... Pero soy malísimo para escribir algo que guste.” Recordé unos versos de un poeta sin nombre, estaba

escrito en una hoja, luego borré y escribí... Me gustó y creí que ya estaba bien. “Pero ¿cuál era el número verdadero?... ¿Su amiga habría dicho la verdad?... ¡Berta quiso corregirla!...” Entonces no sabía qué hacer. Después de media hora solté el libro que intentaba leer, me dispuse sin dudar más a escribir lo de la hoja. Marqué el número en el celular prestado y lo envié, miré unos segundos el mensaje hasta que salió en la pantalla el aviso de ENTREGADO A 0449522384, luego el mismo texto lo envié al otro número. En ese momento no me importaba el doble destino del mensaje; tan solo el que ella lea de todas maneras esas anónimas palabras que delataban mi sentimiento me satisfacía. “Se preguntará quien será...”, me dije con regocijo. Borré el texto, apagué el celular y lo olvidé.

Esa noche fue para el olvido, Iván y los primos Hinostroza querían terminarla con una corona en un local de la avenida Miraflores. Héctor se desesperaba por ir con ellos, pero su amigo que aún no conocía bien la ciudad quería regresar ya a su cuarto. Solo se reía cuando los Hinostroza contaban sus aventuras comerciales en las madrugadas agitadas de dicha avenida. Además, el dinero que tenía Héctor no alcanzaba para el servicio de los dos, por ello contó sus monedas tres veces, al ver que le faltarían algunas le pidió prestado al irreconocible de Antonio. Al final, después de unos roces producidos por el adicional de ron barato que tomaron, subieron al taxi cinco de los jóvenes. A eso de las tres de la mañana los dos amigos caminaban por la avenida España y entre tonterías y algunas verdades que conversaban se recordaron sus apacibles veneros de la infancia, apuntaron lo que iban hacer luego de terminar la carrera: estudiar otra, trabajar, casarse... Ya frente a la agencia de los Bomberos, cuando la frustración por no ir con los amigos se había quedado en aquel bar, Héctor escuchó una confesión que lo sorprendió:

—Tú eres el que envió el mensaje a... —luego se rió más fuerte que en el bar.

Héctor escuchó a su amigo toda la historia del mensaje y por un momento lo entendió, aunque le recriminó el por qué se enamoró de Berta. “Es una buena chica pero... ¡Ella no te conoce!”, le repetía. El diálogo se tornaba algo sentimental y confuso.

Finalmente llegaron a esa casa de inquilinos, juntos abrieron con pericia la puerta principal para no alertar a los dueños. La luz del último cuarto, el de la introvertida chica del lunar que estudia contabilidad, estaba encendida, al tronar de los zapatos, se apagó. En esta casa no se permitía por nada que los inquilinos gasten la luz más allá de medianoche ni siquiera en periodo de exámenes. Una noche, aquella chica necesitó la luz y al final de aquel mes injustamente tuvo que pagar los noventa y cinco soles del consumo mensual de toda la casa. Después de todo, los cuartos de la señora Ortiz eran quizás los más baratos de los cercanos a la universidad, por tal razón la mezquindad era soportada.

Cuando se apagó nuevamente la luz de toda la casa, Héctor llegaba ya a San Nicolás, donde vivía, y en ese mismo momento recordaba que cuando se despidió de su amigo, efusivamente le prometió que le iba ayudar para que Berta conociera de él; por ello se mostraba ya más sensato como preocupado.

Semanas pasaron y el cumplimiento de la promesa se prolongaba como la huelga. Héctor la recordaba siempre, pero siempre encontraba excusas para no priorizarla. Cansado ya por el implícito reclamo de su amigo se dispuso no tener en cuenta sus negativos pronósticos para ésta y buscó la manera de cumplir lo ofrecido. Pensó que era buena idea llegar a Berta por una amiga, después de todo él no quería cometer un doble error, el de tantos pretendientes que por osados tienen hoy que contentarse a solo verla cómo pasa por el huerto de la facultad, del nuevo pabellón al antiguo, tan solo contemplado con la boca abierta aquella su sonrisa... Hasta ser confundido, en el lugar penúltimo de una lista, como uno de ellos.

En los días posteriores, Héctor persiguió a la persona clave en esta misión. Ellos se conocían desde la academia pero para este caso tenían que recordar su amistad. Héctor sabía cómo llegar a Vicky. Se les vio por el cafetín de Económicas más de una vez, compartieron asiento en la plaza central de la Universidad como en el del microbús que va a California todas las noches después de la clase de baile.

Hasta que un día, Héctor, bastante callado, le dio a su amigo un papelito, de aquellos retacitos que rompes del cuaderno espiralado para escribirle a una persona porque te apura la verdad o mentira del mensaje que no lo puedes decir con tu propia boca ni mirándole a los ojos.

—¿Este es su verdadero número de celular? —le preguntó con mucha alegría cuando recibía aquel retazo.

Héctor tan solo movió la cabeza con un sonido emitido de sus labios; le escuchó unos minutos como aquella noche, pero sin el contexto que ocasionó aquella vez que ahora se agradezca por una promesa cumplida. Luego le dijo que la llamara.

Durante tres noches, de un celular desconocido a ese número de Movistar, le llegó tres mensajes de texto “Que he aprendido a pensarte, a extrañarte, a quererte...” Nunca hubo respuesta ni siquiera un inocente timbrado para que en alguna de esas noches él pudiera dormir sin tantos suspiros. Pero pasada una semana, el sonido de mensaje enviado le alarmó. Tuvo que correr de donde estaba. Mientras llegaba a la mesita donde el celular tenía aún iluminada la pantalla, recordó cómo su primo, en una visita inesperada, se lo obsequió y le prometió que con ese celular se comunicarían para saber las necesidades de alguno. Nunca le llamó, ni un mensaje de texto siquiera, por ello esperaba que ese mensaje llegado sea la respuesta que anhelaba. Presionó y otra vez el ABRIENDO se hizo prolongado... Ahí estaba, era una respuesta del celular de Berta... Lo leyó una vez, otra y una tercera. Luego regresó

callado a donde estaba escribiendo en unos papelógrafos. Tenía práctica en el colegio mañana.

La huelga de los profesores parecía que era solucionada por el gobierno a la quinta semana. Ante la intransigencia del sindicato, un engaño disfrazado de leguleyadas hacía que las bases duden del respaldo a sus autoridades, por lo que los profesores gradualmente regresaron a los salones de clase.

En esos días, las amigas se reencontraron, Berta y Vicky conversaron de sus viajes a Cajamarca y Chimbote, de cómo una cocinaba para toda su familia y la otra llegaba a comer a su casa a las dos, de la fiesta del 31 y de las razones porque Berta no fue cuando Alex le había invitado con mucha galantería. Al rato, las amigas partían para la biblioteca central, nuevamente fueron por la facultad de Física y luego por la de las Ingenierías, era el camino de ellas para llegar a esa biblioteca. Nunca se supo si las dos eran de la iniciativa, si les gustaba por igual caminar más, tal vez a alguna no le agradaba del todo, pero no podía dejar sola a su amiga en tan esperados recorridos. Tal vez las dos querían conocer otras realidades, otros sueños, otras risas o simplemente el ir por otras facultades para aparentar no se qué o buscar a no sé quién, era para ellas una diversión que no podían hacer en su Facultad. Nunca se supo. Pero allí iban otra vez, como dos grandes amigas que consideran bastante lo que una recomienda a la otra.

Héctor llegó a la biblioteca donde se encontraban las amigas, se sentó junto a ellas. Vicky comprendió, los dejó y salió raudamente a buscarlo. No tardó en hallarlo, lo conocía por un incidente extraacadémico que pasó en la facultad en plena temporada de elecciones estudiantiles, del grupo con quien estaba le llamó por su nombre. Conversaron cortésmente a un costado del pasadizo como dos personas que recién se conocen; además, ella era la que le había abordado cuando él sabía quién era ella, y tal vez el motivo para qué lo llamaba, por lo que ella tenía la iniciativa en el diálogo.

Por un momento, quienes desde el pasadizo los vieron conversando, hubiesen contado que eran muy amigos por la atención que se prestaban cuando el otro hablaba. Aunque en otros momentos, a él se le pudo notar una pena que era impelida por la dureza y convicción de las palabras de Vicky. Se despidieron al rato.

Vicky sabía lo que había hecho, después de todo, su entendimiento consideraba como lo más conveniente para su amiga. Al avanzar unos pasos rumbo a la biblioteca se encontró con Berta, ella había alcanzado a verlos desde el balcón en el segundo piso de donde se mira hasta lo que se quiere ocultar, había dejado solo a Héctor. Ya en el primer piso esperaba a su amiga con los brazos cruzados y con sus lentes, que con ayuda del reflejo, no dejaban traslucir el marrón de sus ojos. Pero su semblante intuía una verdad que su amiga de toda la vida, cuando ambas ancianas ya, recién confesaría entre otros secretos jamás contados entre ellas.

—¿Quién es ese muchacho?

Vicky siguió el camino hacia la biblioteca sin responder, al reconocer su falta, volteó.

—¿Recuerdas el mensaje del celular? —con firmeza le miró el rostro.

—El mensaje era para mí. Me lo contó Héctor —le dijo con menos firmeza y resbalando la mirada hasta el hombro.

—¡Qué bien!, con razón me parece que siempre quiso hablarme. Seguro quería que yo le ayudara contigo —respondió Berta rasguñando un remordimiento.

—¡Si, pero a mí no me gusta! ¡Olvídalo! —al decir esto con la misma firmeza inicial, Vicky siguió el camino para la biblioteca y le dio la espalda sin antes escuchar de Berta.

—Ummm, qué pena, se ve un buen muchacho.

Es las nueve y cincuenta de la noche de cualquier día de la semana de un invierno de mitad de año, el frío es abusivamente frío como para darse un baño, pero él salía ya de

la ducha, se cambió en su cuarto, su pijama le abrazó, miró el reloj de su celular, cogió un libro y también lo miró, quiso encender un cigarrillo pero recordó que no... El radio se escuchó en el cuartito de doce metros cuadrados, primero la trilce cadencia de una antigua cumbia, luego una cursilona balada, se rió, hizo el amague de dos flexiones ventrales, se dijo lo temprano que iba a dormir, apagó el radio, cogió algo y salió un momento para el pasadizo, regresó algo triste, era la tercera noche que no daría de comer a ese gatito huido de alguna casa vecina, guardó el pan, se asomó por la ventana, miró por el descampado al cielo, allí estaba, se rió otra vez, se hirió la mano al acariciarse el mentón, leyó el título de uno de sus libros favoritos: *Marx y Engels, revolución...* No se percató de una hoja suelta con un poema terminado por él anoche y cuyo primer verso decía: *Acorazono tu nombre en mi pecho...* Se quedó dentro del libro y éste lo puso en su sitio, ya recostado sobre su cama, hizo lo que tanto evitaba, pensó en Berta.

MARCOS

No puedes evitar que el pájaro de la tristeza vuele sobre tu cabeza, pero sí puedes evitar que anide en tu cabellera.

PROVERBIO CHINO

El tiempo es una esencia que tiene diferentes apariencias, según los ojos que lo vean y el modo cómo lo vean. Es esencia porque existe para todos, todos sabemos que ahí está entre nosotros, dentro de una milésima de segundo y quizás dentro de una medida cuya fracción sea aún más pequeña, propia del dios Cronos, como más desconocida para nuestro humano entendimiento, pero que luego sigue su curso circular, su ciego recorrido. El tiempo existe y se hace sentir, no sé si gratamente pero existe, eso sin duda, sino no hubiese pasado ya 15 años de la partida de Marcos.

Me debo disculpar por haber cerceando los barrotes de mi apresada memoria con este repentino recuerdo, pero hoy que es algo más de las seis de la tarde de un sábado veraniego, quiero llorar, hoy quiero llorarte otra vez, como aquella tarde, Marcos querido.

El sol fenece lentamente en el horizonte, la parte frontal de mi ahora grande casa. Siempre fuimos privilegiados al tener la casa presta a observar este sumergimiento naranja, como si nosotros fuéramos los elegidos en todo este lado del mundo que deja atrás para despedirlo hasta el otro día en el que saldrá con mucho más brillo a nuestras espaldas. Recuerdo que de pequeño me sentaba a tu lado, en el suelo a mirar este ocaso. Observaba cómo el día se hacía noche, cómo se dejaba caer aquel telón al contacto de nuestras vistas, y ese momento se guardaba solito, en algún inolvidable cajoncito de la memoria. Desde hace algún tiempo, tengo muy pocos ánimos de sentarme sobre el pedazo de

cemento que ahora hay, para experimentar lo mismo. El sol sigue su mismo viaje, el cerro que parece lo esquivo aún permanece en su sitio, las nubes no han caído, pero yo, no soy el mismo.

Obviamente tengo muchos más años y con ello una raleada barba cuando no me da ganas de rasurarme. Me palpo el mentón y parece que mi barba da una impresión de madurez y atractivo. Me dirijo al espejo y ahí me parece que no es así. Sabes, ahí me veo algo incompleto, mi barba no es lo suficiente tupida para parecerse en algo a la del mujeriego de Lucho, ni lo desapercibida para decir que tengo menos edad. Me veo un señor viejo y cansado, con una mente que produce pensamientos un tanto timoratos como imprudentes. No he podido superar mi introversión aprendida en los días posteriores a tu partida. A veces creo que la gente, cuando me conoce, presiente que soy alguien anormal, como si ellos detectaran en mi mirada que soy un hombre con un estigma maldito. Varias personas me lo han dicho y no me ha quedado otra salida que decirles, con una fingida sorpresa a cada una, que son las primeras personas que me lo dicen. Sin embargo, te confieso: la introversión es bella, por eso siempre me he preguntado si no será mi destino ser un acolito practicante de sus más sabias enseñanzas: el aguantarse a uno mismo.

Hace unos días terminé la carrera en la misma universidad que escuchamos una tarde en los labios de la señorita Sofia, la profesora de Lenguaje, cuando minutos antes nos preguntaron con cierta ingenuidad, unos señores extraños que nunca supimos quienes fueron, de que si teníamos familiares que estudiaran en la universidad, a lo cual ni siquiera entendimos qué era eso de universidad. Nos quedamos callados.

La verdad que por un momento pensé que no iba a honrarte las palabras que tan inmerecidamente me dijiste, luego de que, por aquellos años, nuestra joven profesora nos explicó que eso de universidad era seguir estudios para ser profesional, pero que para nosotros era como sacarse la tinka. Por eso y porque tus palabras expresaban tus buenos deseos, siempre quise sacarme ese premio, gracias porque me han sido un gran aliciente para no

defraudarte. Sin embargo, después de tu partida, perdí un año y en plenos estudios pude sucumbir varias veces. Sabes me dio un extraño mal en la visión, dicen los médicos que es congénito, por lo que ni siquiera puedo ayudarme con lentes. Tranquilo, no me produce dolor, aunque a veces lo quiero por algunos ratos para no ir al colegio, ja claro para no trabajar. Ahora ya no veo bien, no puedo ver plenamente a lo lejos, como cuando chiquillos yo te reconocía y distinguía con una precisión digna de tus alabanzas, cuál de los dos gemelos Chiroque venía desde la otra esquina. Te acuerdas, los hijos de don Pablo, el emolientero, que siempre ofrecía enseñarte la artesanía del triciclo y sus coloridas combinaciones. ¿Lo recuerdas? Murió hace cuatro años y uno de los gemelos dicen fue llevado a un centro de drogadictos. Así es, como te dije, todos hemos cambiado desde que te fuiste.

En otras ocasiones, el riesgo de no terminar la carrera vino desde mi familia. Razones que tú creo debes intuir, pero por fin tengo ese pedazo de pergamino, el cual dice con letras góticas que mi nombre es licenciado en educación. Lo recibí en esa ceremonia que se acostumbra, con las felicitaciones de mis conocidos, luego agradecí a mi padre quien me acompañó, tú lo conoces y sabes que estuvo muy nervioso. Finalmente, luego de escaparme de las fotos y del calco de sonrisa en todos, le pedí que llevara el pergamino a casa, me disculpe con él y caminé por las calles del centro de Trujillo buscando quizás otras felicitaciones. Fui hasta la calle Junín, llegué a aquel CEO, donde nos mandaban desde el colegio gracias a algún convenio para aprender ciertos oficios, y como ya lo había visto otras veces, está cerrado. Solo pude ver estirándome hasta sus altas ventanas que ahora es una casa. Me hubiese gustado que estés a mi lado, que me hubieses felicitado con un abrazo, que me hubieses dicho que es un triunfo tan ordinario como para creer que se consiguió todo, que en la vida no hay nada absoluto y si uno lo cree, es el primero en negarlo con un comportamiento tan predecible como relativamente simple.

Sabes, esto último me hace pensar en la simplicidad de la vida, al final el tiempo hace que lo que te es importante no lo sea

tanto al paso de unos qué ¿años, meses, días...? Simples deben ser las cosas de la vida, victorias y también derrotas. Y de éstas, sobre todo, las derrotas que a veces tiene tu corazón y ni qué decir de sus triunfos cuando ni siquiera lo anhelabas. Estuve enamorado algunas veces, sin embargo creo que con aquella niña se me pasó la mano. Tú de seguro te hubieses burlado y con razón, pero alguna vez, sabes, cruce media Esperanza a pie y en pleno sol, pues solo tenía para el pasaje a mi casa. La razón, solo porque ella me llamó; era la primera vez en dos años que lo hacía, y me dijo que quería conversar conmigo. Claro, cuando llegué a su casa, me saludó con el mismo desdén de siempre, no se inmutó de mi sudoroso semblante ni de mis empolvados zapatos. Quería que le ayude con un trabajo en la universidad, esa misma universidad tan anhelada contigo desde pequeño, tan aborrecida sin ti desde hace dos años.

Sin embargo, por estos días comparto mis rarezas con una buena chica. No sé cómo lo hice, pero ahí está, justo ahorita llamándome para de seguro preguntarme de que si la voy a acompañar a comprarse uno de esos antojitos que últimamente dicen que traen cámara e infrarrojo. Ella egresó tres promociones después que yo, y por ello quizás nunca nos habíamos hablando en la universidad, a pesar de que sabía que ella preguntaba con extraña curiosidad por mi apellido materno; sin embargo, creo que me conoce como nadie. Varias veces me ha dicho que me quiere con toda la altura de su pecho y la anchura de sus caderas, y debo decirte que lo tiene bien alto y bastante anchas. Ja, sí, esta frase era tuya, sabía que la ibas a reconocer. La he copiado a pesar de parecerme cruelmente machista, por ser sobre todo lo más exacta para describir lo que siento por esta mujer.

Te he escrito esto para que sepas que ha sido de mí desde la última vez que nos vimos, allá por la calle polvorienta de nuestro colegio de aquel entonces. Recuerdo aquellas tardes, cuando salíamos temprano del colegio; normalmente eran los viernes, cuando el sol ya iba a acostarse como varias veces decías al contemplarlo. Varios de nosotros salíamos en grupo y caminábamos a una misma dirección para separarnos justo en la

plaza central de nuestro distrito. Aquella plaza, la recuerdas, por aquel entonces recién había sido inaugurada por lo que era una de las más bellas de toda la provincia; sus bancas de madera llamaban a sentarse y convertirse en los más osados poetas de la tarde al ver pasar a las chicas de todas las edades. Creo que hasta la iglesia, solo por ese tiempo, celebraba los más faustuosos casamientos, los enamorados estaban como encantados por todo lo que representaba esa iglesia y esa plaza sobre todo, que se casaban casi cada semana, al menos recuerdo que estuvimos en varios de ellos como distinguidos invitados a mirar desde la calle. Ahora, Marcos, esa misma iglesia solo celebra misas de cuerpo presente. Ya no recuerdo haber visto un matrimonio en mucho tiempo por más pequeño, humilde o apurado que fuese.

En una de esas tardes, ambos caminábamos extasiados por esas risueñas calles, para luego, lo recuerdo como si fuese ayer, íbamos a alquilar dos bicicletas y pasear con ellas alrededor de la plaza. Sí, Marcos, en aquellos años maravillosos se tenía como costumbre alquilar bicicletas porque de seguro los impuestos eran muy altos, y el común de la gente no podía comprarlas. Recuerdo que para eso, juntos fuimos hasta la cuadra 18 de La Capirona, ahí vivía la niña más bonita de nuestros adolescentes ojos, ahí alquilamos por dos millones de intis, dos Goliat tipo montañeras. Aunque, claro, además de gustarnos recorrer la plaza en ruedas, era un pretexto para verla. Te gustaba tanto. La misma que años después cuando tú ya no estabas con nosotros, paso a estudiar conmigo en el mismo salón solo por unos meses, para luego nunca más volverla a ver. ¿Se fue buscándote? ¿Acaso te encontró? Marcos, desgraciado, a mí también me gustaba, pero nunca tuve la habilidad tuya para siquiera arrancarle una media sonrisa. Se fue y por ello La Capirona tuvo una serie suicidios mentales por no haberse despedido de nadie, aquella tu niña.

Estábamos en la esquina, tú esperabas que salga a hacer cualquier cosa, solo entonces, me decías la abordarías y le dirías con una admirada galantería que si deseaba que la acompañes. Claro, ella no te decía nada en un primer momento, hasta parecía no conocerte, pero luego para que no te vayas desairado, te

conversaba de otro tema, y así los veía irse, tú sobre la bicicleta y al borde del afirmado y ella caminando con sus sandalias azules por la vereda. Por su puesto, que eso era una manera de decirte que sí.

Estos recuerdos pueden continuar como si corrieran en paralelo con la infinitud del tiempo, tú lo sabes. Marcos, hace tiempo que no te había visto, pero hoy creo te vi. Estabas paradito al frente de esa casa, la que pensé habías olvidado, pero veo que tienes una formidable memoria. Yo bajé de inmediato, tuve que lidiar con el cobrador para que abra la puerta en pleno movimiento del carro; al final, y después de pasarme un poquito, solo un poquito te lo juro, pude bajar. Como tú de seguro me viste, corrí hasta donde creí verte. Llegué a esa casa con el aliento que se me iba, pero no te encontré. Me quedé mirando a todas partes —tú de seguro me mirabas desde donde te habías escondido, como siempre burlándote— buscando algo de ti en todos los rostros que pasaban por ahí a esa hora. Nadie tenía tus bellas facciones. Al rato, y después de ver que a pesar del largo tiempo aún no olvidabas tus pesadas bromas para conmigo, me reí solo y empecé a caminar, siempre mirando para atrás por si tú me seguías, hasta que hace ratito nomás he llegado a mi casa y he buscado entre mi ropa un pañuelo y también una foto tuya. Ahí te veo con una enorme sonrisa la que sería capaz —estoy seguro— de despejar estas enormes neblinas de mis ojos. Si Marcos querido, yo te vi, y aunque quieras negarlo, yo te vi y estabas alegre. Sí, lo estabas y eso me alegra, que aunque sin maletas me vengas a visitar. Hazlo más seguido, ingrato. Aunque sea tan rápido y tan furtivamente como para no poder preguntarte nada. Sin embargo, disculpa Marcos, peros si pudieras contestarme siquiera por ese medio onírico que no te costaría nada, te preguntaría que por quién viniste desde tan lejos.

UNA MUÑECA ROTA

La vida es un arco iris que incluye el negro.

YEVGENY YEVTUSHENKO

Ya para eso, los ánimos se habían calmado. Su padre se fue a dormir apenas la escuchó terminar su versión; después le siguió la empleada, aunque ésta más enajenada por la lástima y por el pudor que por sueño; por lo que la presumida casa de la exclusiva urbanización Las Flores empezaba a silenciarse como todas las noches, aunque para ésta, tan anormal como extraña, el silencio tardó hasta que esté bien profunda y ya empiece el soñoliento ascenso de la madrugada. Sin embargo, solo faltaba que se apague, allá en el segundo piso, la luz del colorido cuarto de Anita, ya que con ella aún estaba su madre arropándola y, con mucho afán, asegurando de que la ventana esté totalmente cerrada para que así, no penetre ningún airecillo que pueda fastidiar a la niña de sus ojos y por esto no pueda conciliar su sueño.

Eso y otras atenciones hizo doña Carmen como queriendo que su niña olvide de tajo lo ocurrido hoy y que lo que en ese momento esté viendo sea el cotidiano recuerdo de todas sus noches, y —si mañana cuando se levante y ya no esté a su lado— después de que lo piense, lo asuma como un sueñito que a veces se tiene por obra de un angelito caído, y que por feíto, la imaginación da muchos motivos para pensar mejor en tus muñecas o en la perrita shizut que se tiene, por ser ellas las incondicionales en aquel mundo en el que, dentro de tu casa, aún permaneces y permanecerás salvo que se repita otra tarde como aquella.

Doña Carmen ya había preguntado por tercera vez a su hija si necesitaba algo o si estaba lo suficientemente cómoda para dormir, y ésta, le había repetido que sí, aunque ya para la última vez, le pidió que antes de que se vaya le leyera un cuento de los que tenía

almacenado en su pequeña biblioteca a un costado de su cama, a lo que doña Carmen asintió con gusto y por el que preguntó si quería que le leyera uno en especial. La niña se quedó muda como escondiendo algo de vergüenza dentro de su boca. En eso doña Carmen nuevamente preguntó, pero ya usando ejemplos para que así su hija decida y le responda:

—No sé, tal vez quieres *Blanca Nieves*, *Rapunsel*, *Los tres cerditos*, *La caperucita*...

Cuando había terminado de decir “La caperucita” y ya iba a mencionar “La bella durmiente”, la niña interpuso su angelical voz:

—¡Sí ese!... ¡ese!

—¿Cuál, hijita? —con duda repreguntó la madre.

—¡Ese!

—¿Cuál?, ¿*Los tres cerditos*? —su tono era muy maternal, tan igual como siempre le había dedicado a su única hija.

—¡No!

—¿Cuál?, ¿*Blanca Nieves*? —esta vez, lo dijo con una seguridad de que le diría que sí era ese.

—¡Tampoco! —su respuesta fue un grito. Doña Carmen solo ladeo su cabeza de extrañeza por la inesperada reacción de su niña.

—¿Cuál?, ¿*La caperucita*?

—¡Sí!, ¡ese!... ¡Cuéntame ése!

La niña respondió que ese era el cuento que le gustaba y su madre no escatimó maniobras para expurgar en las páginas del libro y así encontrarlo. Cuando lo hizo y ya estaba sentada a su costado, mirándola diagonalmente, la niña ya no tenía las manitos afuera de la frazada sino adentro, y parecía estar muy atenta para escuchar. Doña Carmen, una mujer de cuarenta y dos años, sabía a grandes rasgos y por ocasionales comentarios el cuento de “La caperucita roja”; sin embargo, nunca la había oído ni le habían contado, por lo que en el preciso instante que empezaba, dentro de su pensar, le renació desde su infancia una duda sobre si él que se come a la Caperucita era un lobo o un zorro feroz. En la siguiente fracción de aquel mismo segundo se convenció de que como iría leyendo saldría de su duda y ya no tendría más esa confusión. Por tanto, la narradora empezó diciendo:

LA CAPERUCITA ROJA. *Había una vez una niña muy bonita. Su madre le había hecho una capa roja y la muchachita la llevaba tan a menudo que todo el mundo la llamaba Caperucita Roja.*

—Hija, la capucha era de color rojo porque... porque ese color simboliza inocencia, aunque también... —pensó en que no debió haber dicho eso de inocencia, porque sabía bien que el rojo simbolizaba pasión, deseo, sexo y no inocencia, pureza o algo parecido. Sin embargo continuó.

Un día, su madre le pidió que llevase unos pasteles a su abuela que vivía al otro lado del bosque, recomendándole que no se entretuviese por el camino, pues cruzar el bosque era muy peligroso, ya que siempre andaba acechando por allí el lobo.

Era un lobo. Pero, le dio un presentimiento de que ese animal tan execrable por todas las mamás que tenían hijas como la suya, era un animal irreal como un tanto inofensivo. Y esto porque aquí no hay lobos —se dijo— y como no había visto uno le resultaba menos peligroso que un zorro.

Caperucita Roja recogió la cesta con los pasteles y se puso en camino. La niña tenía que atravesar el bosque para llegar a casa de la Abuelita, pero no le daba miedo porque allí siempre se encontraba con muchos amigos: los pájaros, las ardillas...

De repente vio al lobo, que era enorme, delante de ella.

—¿A dónde vas, niña? —le preguntó el lobo con su voz ronca.

—A casa de mi Abuelita —le dijo Caperucita.

—No está lejos —pensó el lobo para sí, dándose media vuelta.

Caperucita puso su cesta en la hierba y se entretuvo cogiendo flores. El lobo se ha ido —pensó—, no tengo nada que temer. La abuela se pondrá muy contenta cuando le lleve un hermoso ramo de flores además de los pasteles.

En eso volteó la mirada hacia su hija. Ésta estaba con los ojos bien abiertos, mirando hacia allá, al bosque.

Mientras tanto, el lobo se fue a casa de la Abuelita, llamó suavemente a la puerta y la anciana le abrió pensando que era Caperucita. Un cazador que pasaba por allí había observado la llegada del lobo.

El lobo devoró a la Abuelita y se puso el gorro rosa de la desdichada, se metió en la cama y cerró los ojos. No tuvo que esperar mucho, pues Caperucita Roja llegó enseguida, toda contenta.

La niña se acercó a la cama y vio que su abuela estaba muy cambiada.

—Abuelita, abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!

—Son para verte mejor —dijo el lobo tratando de imitar la voz de la abuela.

—Abuelita, abuelita, ¡qué orejas más grandes tienes!

—Son para oírte mejor —siguió diciendo el lobo.

—Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!

—Son para... ¡comerte mejooooor! —y diciendo esto, el lobo malvado se abalanzó sobre la niñita y la devoró, lo mismo que había hecho con la abuelita.

—¡Hijita! —le susurró despacio pensando de que ya dormía porque tenía los ojos cerrados, pero no era así. Apenas, le dijo “Hija”, la niña abrió con algo se susto completamente sus ojos y con avidez le pidió que continuara.

Mientras tanto, el cazador se había quedado preocupado y creyendo adivinar las malas intenciones del lobo, decidió echar un vistazo a ver si todo iba bien en la casa de la Abuelita. Pidió ayuda a un segador y los dos juntos llegaron al lugar. Vieron la puerta de la casa abierta y al lobo tumbado en la cama, dormido de tan harto que estaba.

El cazador sacó su cuchillo y rajó el vientre del lobo. La Abuelita y Caperucita estaban allí, ¡vivas!

Para castigar al lobo malo, el cazador le llenó el vientre de piedras y luego lo volvió a cerrar. Cuando el lobo despertó de su pesado sueño, sintió muchísima sed y se dirigió a un estanque próximo para beber. Como las piedras pesaban mucho, cayó en el estanque de cabeza y se ahogó.

En cuanto a Caperucita y su abuela, no sufrieron más que un gran susto, pero Caperucita Roja había aprendido la lección. Prometió a su Abuelita no hablar con ningún desconocido que se encontrara en el camino. De ahora en adelante, seguiría las juiciosas recomendaciones de su Abuelita y de su Mamá.

Cerró el libro y mirándola le dijo: “FIN, mi niñita”. Anita había escuchado la narración de su madre. Anita sabía casi de memoria la trama de este cuento como también la de otros; sin embargo, quiso que le contara este. Cuando terminó ella todavía seguía despierta, sus ojos dejaban ver una niña de un color armiño intenso como el de sus dientes picados. Su extraviada mirada simulaba el estar aún recreando el final, por lo que doña Carmen, cansada ya, caminó lentamente hasta la puerta de aquel cuarto apropiadamente decorado con dibujos celestes para que contrasten con el leve fuxia que tenía de pintura. Y cuando iba a presionar el interruptor para poner a toda la casa a oscuras, su hija le buscó con la mirada y ella se dejó encontrar de inmediato, entonces una rara sonrisa se cortó en el rostro de la niña como si fuese una brutal herida que se abre justo en lo más bello que tiene para derramar una hemorragia dimanada del alma o hasta de más adentro, desde los sentimientos más puros que una persona puede tener y sentirlos heridos eternamente sin sutura alguna. Cuando doña Carmen iba a romper su llanto por ver tan lascivo arqueado de labios, su hija a la que en ese momento una gorda y asquerosa pulga le chupaba la sangre en su piernita derecha, con un tono medio indulgente le rogó:

—Mamita, mañana me llevas a ese parque.

Durante la narración en la que madre e hija, se entregaron plenamente a su cargo, al padre le daba una horrible pesadilla, mientras que la empleada quien no podía dormir por la tremenda desgracia que según ella le había pasado a la niña Anita, salía del baño, el que estaba a un costado de la puerta trasera de la casa, y se dirigía nuevamente a su cuarto para intentar que el sueño le haga despertar de éste tan traumático. Pero ya en su cama, no podía. Una serie de pensamientos la asaltaban y le hacían por momentos además de pensarlo, casi hablar sola: “La niña Anita está diferente. No, por Diosito no puede haberle pasado eso... No. Pero entonces... Cuando la encontré en ese parque tenía adentro de sus piernas, sí, era eso, restos de sangre seca. Su ropa la tenía sanita y ella misma no tenía ningún golpe. Yo le pregunté,

pero ella se calló, luego me dijo que se había raspado al estar jugando con unos niños que encontró por una calle que nunca escuché... Pero, qué hacía por ese parque, si ella se perdió por esa maldita parada. Como llegó hasta el otro lado de la ciudad. Son más de 15 calles para que camine sola y por esas horas. Pero vuelta, qué niños. ¿Los que salen por la TV? Qué juego... La señora que dice la encontró y la llevó hasta ese parque por qué no me esperó... Aunque primero me dijo que un niño que vendía periódicos, le ayudó. ¿Cómo? No, por Dios no puede ser”. En eso lloró con todas sus fuerzas, abrazando su percutida almohada y luego recostada sobre su cama, pero con las manos juntas al cielo rogó que la vida no sea tan dura y cruel con los niños. “Pero por que tenía entonces en el bolsillo de su faldita algunas monedas, si su mamá, doña Carmen, cuando le pregunté si le había dado algún dinero me dijo que no. No puede ser, no. Con ese dinero pagó su pasaje y llegó a donde la encontré paradita mirando a toda la gente que pasa por ese parque. Pero si ella apenas tiene 11 años cómo va hacer eso”.

Su garganta no pudo pasar aquella saliva. Aquella mujer se atoró como a veces se atora un wáter.

DESTINO COLOR GREDA

Ya hacía catorce años que estaba como profesor en aquel humilde caserío, asentado a orillas del indolente río Chusgon, sin que en él haya habido algún momento para resignarse con lo que le tocó de destino. Había llegado cuando muchos de los ahora, sus padres, eran ya unos adolescentes que no sabían leer las vocales ni querían ir al primer grado. Por aquel entonces, solo conocía El Pallar, por haber ido una vez en la que lo llevaron a probar si se acostumbraba al trabajo de las minas de Retamas. No fue así, y regresó al negocio de la comida ambulante en la salida de buses para la capital, y a sus angustiantes estudios en el instituto. Le dijeron que de El Pallar tendría que caminar solo 30 minutos en dirección oeste y por allí, con algunas referencias de la gente, que es muy buena por esos lugares, encontraría la comunidad en la que fue flamantemente nombrado como profesor de una escuelita unidocente. Sus aquellos veintiséis años le permitieron recién llegar con la luna como compañera hasta su destino por una trocha que le parecía ir abriendo, y después de 4 horas en las que se convenció de que lo que le dijeron había resultado todo un engaño.

Ya mucho tiempo ha pasado de eso y el pueblito parece haber cambiado en algunas cosas, aunque en otras no. Ahora ya hay algo parecido a una carretera que, cuando la lluvia lo permite, pueden pasar por ella los más fieros carros vistos, trayendo algo de civilización y llevando, como no, muchas paltas y sendas pulgas. La escuela misma ha dejado de serla y ahora ocupa más de seis salones de adobe y barro, en los que los adolescentes de ahí y de otras comunidades más adentradas al Marañón estudian la lujosa y hasta innecesaria secundaria. Por eso, desde algún tiempo para acá, él mismo se ha reconocido algo diferente en su manera de pensar las cosas de la vida y esto lo demuestra su trato con la gente que viene

del otro lado de aquella muralla gris asentada al frente del caserío. Por ejemplo, ahora al recibir y tener como colegas a otros profesores venidos de distintas partes de Huamachuco y de su Trujillo demostró cómo un hombre adquiere la mentalidad engendrada de las entrañas de esas gredosas tierras. Después de mucho tiempo, cualquiera hubiese dicho que ya no estaría solo, sin embargo, los nuevos profesores ya no parecieron encontrar nadie distinto a los comuneros, todos eran iguales.

Durante todos aquellos años, aquel hombre dejó su juventud con plena conciencia de que lo hacía. Siempre anheló salir de ahí, tener la posibilidad de trabajar en algún lugar donde haya más oportunidades para su vida como la que él conoció alguna vez, y que ahora veía tan lejos como aquel bus que quería lo lleve a la costa, pero que veía alejarse por la cada vez más delgada carretera; quizá algún lugar más cerca de su familia, la cual veía una vez al año cuando iba a preguntar por la salud de su anciana madre; enamorarse y casarse con la mujer que más quiso y a la que un día le dijo que se iba a trabajar para el futuro de ambos a una comunidad de la sierra y que volvería a verla cada 15 días, sin llegar a cumplirlo. Lloró hasta decirse que por algo su destino lo había traído hasta allí, y esta frase se le hizo tan indulgente para él, si es que tenía algo de culpa, ya que después del incidente en la casa de una familia de aquella comunidad, el joven profesor empezó a convivir con una niña, la que alguna vez, además de ser su mujer en una áspera cama de paja, también fue su alumna. La familia celebró la unión, carneros y frijoles se comieron como litros de chicha de maíz se bebieron hasta cuando él resaqueado de casi una semana, por fin se puso sensato y dijo:

—Me la llevo, para que mi familia la conozca.

Sabían la madre y hermanos que el profesor les diría eso en algún momento y fue por ello el desprecio a sus palabras. Finalmente uno de los hermanos, mucho mayor, y él que después de cada deporte en el pedregoso campo de la loma, le insistía en ir a cenar a su casa, le respondió apenas dominando su cólera:

—Profesor Juan, mi hermana está preñada. Ella se queda aquí, y usted como su esposo, ¡también!

Solo a final de aquel año, y en temporada de vacaciones de verano, las que son más largas, el profesor Juan pudo llevar la manutención a su familia, además de la nueva noticia. No se comió nada festivo ni se bebió trago especial en la casita que poco a poco iba cambiando y dejando su material rústico. Esta vez la visita duró unos días, y para él quizá fue mejor, los lloros y los injustos reclamos lo confundieron más. Después de todo, su conciencia no permitía que él se quede más tiempo en la casa de sus añorados recuerdos, increíblemente las cosas habían cambiado ya. Su mujercita estaba en los días para dar a luz, allá en el caserío y de seguro la partera que iba a atenderla todavía no regresaba de su chacra de yucas, allá en el potrero.

Los días de convivencia con la adorable Mirian pasaron y se hicieron lindos. Ella tenía un bonito carácter como para decir que la vida le compensó con darle una mujer comprensiva, a pesar de la marcada diferencia de edades que había entre ellos y del enorme abismo de grado de instrucción en sus conversaciones. Siempre supieron, y sobre todo Miriam, como había sido arreglado su romance con el único profesor del caserío, supo él que de no haber sido ella, la mamá de la Roxana le habría hecho ser pariente suyo, puesto que por esos días necesitaba dinero para comprar el terreno de la jalca, el de los Galarretas. Nunca hubo hipocresías ni en la misma cama, lo hacían con tanto silencio y pudor que creo cada uno se imaginaba estar haciéndolo con un extraño, por eso la preferencia de apagar la vela en las primeras veces, siempre fueron fieles cumplidores con lo que decía su contrato. Además, él le debía estar agradecido, ella era de la raza de mujeres con caderas anchas, señal desde un inicio que le daría hijos sanos y robustos. Así fueron llegando a un hogar sin apuros económicos para la vida serrana ni convulsiones emocionales, atípico para esos lugares de miseria y machismo, Pablo, las gemelas Celinda y Gabriela, y Delia, el nombre de esta última y quizá lo único no compartido, sin que lo sepa Miriam, en honor a la mujer con quien nunca pudo ser feliz.

Se podría decir que el joven que llegó al pueblo y del cual los comuneros al comienzo no querían estrecharle las manos por no ensuciarlo con la vileza de sus callos, ahora es un comunero más,

una persona que se alimentó del huayno arrancado del requinto y de la lluvia de los casi eternos meses de invierno; después de todo, si no lo hacía, tal vez hubiese regresado a ser un hombre en sí, aunque también un profesor más, contratado o tal vez con mucha frustración dedicado a otros oficios. Ahora, es una persona cuya consideración no se queda solo en su caserío, sino también conquista otros más, tanto que muchas veces él la ha confundido para hacer oscuras cosas, las cuales, solamente esas, lo ponen nervioso cuando los visitantes le preguntan o averiguan. Debe ser lo que le tocó vivir muchas veces solo, que ahora mismo camina con un ennegrecido pensamiento derretido hasta sus labios para engañar, o por lo menos confundir, con el perdón dado desde el cielo, pero solo el de esos lugares, a todo hombre o mujer que le haga recordar siquiera un poquito a él cuando no se preocupó —tampoco tenía a quien contarle— por la pérdida de una de sus trusas en la casa de la que vendría a ser la convenida abuela que tuvieron sus hijos. Ahora él es el que invita las borracheras solo con cerveza y las comidas de arroz traído de Huamachuco en casa de los nuevos profesores. Muchas veces les ha dicho que mejor se queden y que no viajen porque si no, no llegarán a tiempo para trabajar el lunes, “que la fiesta de la Atila, profesor Mario...”, “que debería salir de esta pensión, para allá, con doña Cobita, profesor Marito...”, “usted que es soltero, profesor, debería conversar nomás con las hijas de doña Cobita...”.

Dicen que los días tristes y alegres también pasan por ese valle serrano y que aún se cuenta en los viajes, de polvareda e incontables curvas, que se hacen por esos agrestes lugares, que durante los últimos días de vacaciones algunos profesores trabajan cosechando maíz, el que será la chufla de las mañanas del mes, mirando siempre con los ojos llenos de una legaña envidiosa, si es que algún forastero, con libros dentro de su maletín, llega a querer quedarse solo unos días por allí.

LOS DOS HERMANOS

*Aún tienes tus manos / y la fuerza para crear molinos, /
solo olvida la derrota / o la blancura de la luna /
y despierta de ese sueño / que muchos llaman cordura.*
Quijote. OSCAR RAMIREZ

Caminaron y caminaron durante horas, bajo la lluvia que por esos lugares muchas veces no tiene contemplaciones. A ratos se detenían y miraban para atrás. Los recuerdos de sus años inocentes no estaban tan putrefactos aún; todo lo contrario, estaban tan frescos que les parecía haber caminado ayer nomás tras su feroz padre cuando iban a visitar a los familiares de Calemar. Esos recuerdos venidos varias veces en otras ocasiones, ahora los hacían morderse los labios y casi delatar sus tristezas con un suspiro. Ahora, ya no había tiempo para recordar cómo alguna vez uno de ellos se cansó de caminar tanto que su hermano lo llevó en hombros y que, al llegar hasta la casa, los esperaba la tía gorda junto a su fogón y sobre su mesa dos platos llenos de espesa chochoca caliente y otro de cancha salada. Eso lo recordaban y ninguno de los dos lo dijo. Ambos se quedaron mirando por donde habían venido y la razón para justificar que tardaban en voltear y seguir su camino, fue que felizmente nadie los seguía. Solo así, uno delante del otro continuaban sus pesados pasos por ese sendero que a veces se pierde entre la puna y que los comuneros de la banda de al frente dicen que hace se pierdan sus ocasionales caminantes, aunque algunos de estos ya caminen perdidos.

Llevaban cada uno nada más que sus ropas sobre el fibroso cuerpo. Apenas le había alcanzado el tiempo a uno de ellos que la mujer con quien había pasado la noche de la víspera de lo

ocurrido, le entregue su chompa de hilo motoso y dos soles para lo que le sirviera, le dijo. Sin embargo, el clima que por la voluntad de Dios permite expurguemos nuestros pecados, los dos hermanos nacidos y crecidos en esas punas, sintieron el frío más atroz que se puede sentir, sobre todo cuando el clima no sabe de inocencias no probadas o de culpas escondidas. Iban callados como no queriendo recordar lo que pasó en esa calle de la parte alta de Huamachuco. Cada uno tenía su propio recuerdo, lo que les hacía un tanto más inocente que su otro hermano. Por supuesto que en más de una vez se arrepentían de haber hecho tal o cual acción, pero a manera de quitarse la culpa se decían, cada uno, que ello solamente fue parte de sus destinos y que no habían podido abandonar a su hermano en tan desgraciado momento.

Llegaron a una encrucijada, dos caminos para elegir. Parecía que uno de ellos empataba con la otra banda, quizá rumbo a pasar Sartín, y el otro, si sus recuerdos continuaban frescos, debería llegar a alguna provincia de Cajamarca. Pero cuál seguir, se preguntaron. Se sentaron para descansar y mirar sus polvorientas zapatillas, las huellas de éstas sobre la tierra gredosa no duraban mucho, el fuerte viento, y no se sabe qué, hacían que no los delataran. Hasta entonces, desde la madrugada cuando decidieron escapar, no se toparon con nadie por el perdido camino, eso los tranquilizaba, sin embargo tenían que decidir ya. Era seguro que los buscaban.

—Vamos por acá —dijo el mayor.

—No, por ahí está San Alfonso. Hay ronderos —le contradijo el otro.

—Pero, por ahí podemos llegar a... —el tronar del río Chusgon no dejó oír lo que continuó.

—No, te he dicho que no. Vamos por acá —replicó, otra vez el menor.

Los hermanos de padre y madre criados en un hogar donde se demostró quererse mucho, pero solo en situaciones cómodas y felices, ahora se topaban ante una disyuntiva para elegir, y cada

uno, por el temor que infundía la justicia ronderil, quería convencer para el bien de los dos a su otro hermano. Reaccionaron mal ante las sucesivas contradicciones de uno y de otro. El menor recordó que allá en Huamachuco, cierta vez, su hermano le había dicho que busque trabajo, siquiera para limpiar baños en los hostales porque ya estaba harto de darle la comida, y para remate sin que ayude a pagar el alquiler del cuarto. Lo recordó y ahora por esos lugares donde la pena se hace más triste y el odio se hace más aborrecible, le pareció muy ofensivo y hasta impropio para que lo diga. Le recriminó tan feroz como si fuese un incesto verbal, muchos insultos se oyeron y también entre estos a la madre de ambos. Señora humilde, nacida en un caserío que cuando fue joven, por las redondeces que ocultaban sus coloridas polleras, fue arreglada a cambio de una vaca robada por Marcabalito para convivir con un abigeo del Marañón. La misma señora que en ese momento, en el que sus hijos intercambiaban insultos y puñetes, ella, allá en una estación radial de Huamachuco les pedía, si es que la escuchaban, que se entreguen, que el fiscal les iba a defender —la habían engañado cruelmente para engañar también a sus hijos—, que ella les creía, que para ella eran inocentes y que les esperaba junto a la menor de su hermanas.

Al rato y después de maldecirse hasta sacarse sangre y llorar amargamente como dos niños que se odian pero sin poder hacerse verdadero daño, los dos hermanos continuaron su fuga. Casi emprenden cada uno propio camino, pero el menor de ellos decidió ceder y seguir a su hermano por recordar que éste en un inicio no quería escapar de Huamachuco, recordó que le dijo que buscaran al profe Rolando, que él les aconsejaría y les diría qué hacer. Por su negativa, no hicieron eso. Él fue quien hizo que los dos escaparan, por lo que ahora su hermano estaba decidido a llegar hasta un lugar que él increíblemente no había recordado, pero que ahora sí y por eso decidió seguirlo. Para ello, se tenía que entrar por Cajabamba, lugar en el que nadie sabría de ellos. Además, también le siguió porque se dijo que

solo no haría nada bueno, ni siquiera si era necesario otra vez, repetir la escena de la noche anterior.

Después de un penosa caminata en la que el hambre lo expulsaban en gotas de sudor frío, y de rato en rato en sendos escalofríos y cólicos que los hacían comer pasto como los rumiantes que veían pastaban a lo lejos, y cuando, en su caserío natal ya todos conocían su desgracia, la de los hermanos que un día salieron de ahí para trabajar en las minas sin acostumbrarse y luego de mototaxistas en Huamachuco, olvidando ahí los lloros que dieron cuando pequeños les dijeron que por muy lejos habían asesinado a su maldito padre; llegaron a una pampa con sus aspectos que delataban tener cansado apuro, por ello los niños que arreaban sus ovejas los vieron asomar, uno detrás de otro y que al ruego del mayor, no les negaron las cuatro papas sancochadas que les quedaban. Agradecieron como cuando un favor que necesitas te lo hacen, en el preciso momento en que una tropa acompañada por un señor, el cual los dos hermanos conocía, tomaban un atajo para evitar la encrucijada, después de haber preguntado por dos jóvenes altos y algo flacos, a quienes se les acusaba por haber asesinado sin piedad con más de 10 puñaladas a su propio amigo con quien habrían estado tomando aguardiente en un bar de mala muerte y quizá hasta por aspirar, sin saber bien, algunas líneas blancas. En eso tomaron otra vez sus lugares en el camino. Les faltaba dos días para llegar a donde iban. Si en ese tiempo nadie daba con ellos, creían que podían tener una oportunidad para que todos los olviden y quizá ellos también lo olviden, y solo así si algún día regresan, ya para ese tiempo ver a sus hermanas, más gordos quizás y con esposas e hijos ya, pero igual de inocentes o culpables quien sabe, y si tal vez, si alguno los recordara, otro con convencimiento dirá: no, a esos se los tragó la tierra.

LA NOCHE DEL ATAJO

Después de tomar y bailar en la fiesta de Uchubamba, Emiliano y Luciano caminaron por la serpenteante trocha de regreso a su tranquilo pueblo de Santa Cruz de Yamán, a eso de la media noche, según cuenta la hermana de uno de ellos, y ante el blanco amparo de la luna llena. Iban muy cansados de tanto haber sacado a bailar a las chinas de la Ramada; y con ello como que habían resarcido una falta de la última vez, en la que las chinas les dijeron que solo cuando están borrachos y en mancha con sus amigos se animan a bailar con ellas. Esto hacía que vayan muy alegres contándose chistes y cantando al son de la ronca radio portátil de Emiliano. A su vez, iban recordando cómo había estado de bonita la Sholi y de coquetona la Mashe. Se fastidiaban como dándose ánimos para que cada uno insistiera con ellas en la próxima fiesta de la comunidad, la de la jalqueña Cusipampa.

En eso, decidieron tomar un atajo para llegar más rápido a sus casas, bueno Emiliano se quedaba a la entrada del pueblo, pero Luciano tenía que pasar el agua blanca —un lugar a 30 minutos después de Santa Cruz de Yaman, donde por la indefinida trocha corre un arroyo— para recién recostar su maltrecho cuerpo sobre su cama. Además, como ya se habían comprometido desde hace una semana, mañana tenían que trabajar en la minga del Mariano, y por eso debían descansar ya.

Cuando iban a dejar la trocha, un hombre que tal vez iba a trabajar en las minas de la otra banda o iba a regar sus chacras a esa hora, quién sabe, desde una colina, al borde de la peña Cabeza del diablo, les grito que “no” y que “no”. Les parecía que decía algo más, pero no se le entendía. Los dos amigos le dirigieron sus luces, pero sus débiles linternas no expulsaron la suficiente para alumbrarlo. Otra vez no entendieron sus

masticadas palabras, de las que solo comprendían que no vayan por ahí; al rato no entendieron más y el hombre se perdió al otro lado de esa fea peña. Luego de unos minutos de confusión, en la que los amigos conversaron tratando de dar con el nombre de tan inesperado caminante, dejaron la trocha —la misma que un día fue inaugurada con cohetes y más baile como la carretera que fue ofrecida por el candidato que se hizo más tarde alcalde del distrito— y entraron por unos terrenos sin dueño, pero conocidos por ellos, al menos eso se decían en ese momento. Al pasar unos minutos, estaban increíblemente caminando en plena oscuridad como no se había vista noche así, solo acompañados por sus dos delgadas luces, cuando los dos que miraban el resplandor que empujaban a dos metros de sus pasos, se vieron alumbrados desde arriba, apareciendo debajo de ellos sus siluetas. Por un segundo casi se ponen tiesos, los dos se asustaron terriblemente, ya que entendieron que alguien desde alguna peña los alumbraban, sin embargo la sensatez, que a veces tarda esas eternidades para situaciones como ésta, les hizo razonar: era la luna, había escapado de alguna malévola nube y ahora otra vez alumbraba tan claro que sus luces ya no las necesitaban, por eso, los amigos acostumbrados a caminar con luna encima apagaron sus modestas linternas.

Al rato, se dieron cuenta de que estaban perdidos, las hondonadas que les parecían conocidas, una vez ahí, ya no las reconocían; los árboles tenían otras ubicaciones a los que alguna vez vieron cuando por ahí pasaron la vez que fueron al campeonato de El Convento; hasta la trocha les parecía había desaparecido y casi caminaban por otra que ellos hacían. Para eso, la luna cedió y nuevamente se torno en negras tinieblas. Y como dice un viejo adagio: hay veces que llueve sobre mojado, en este caso bien aplicado y no porque cayera del cielo sino que la mejor acompañante, la música, se hizo en ásperos chillidos porque ya no sintonizaba ninguna emisora en un primer momento, para luego increíblemente, y por más esfuerzos de Emiliano por morder las pilas, pensando que estaban

descargadas, la radio se calló. Sin embargo, solo se preocuparon hasta que nuevamente reanudaron la conversación; para eso, solo veían con los ojitos de las linternas, lo que parecían muchas chacras de trigo y al fondo por donde tendrían que pasar, muchos árboles.

Cuando estaban atravesando aquel bosque, a lo lejos vieron el vuelo fúnebre de las luciérnagas. Ya para eso solo les faltaba un menor tramo de lo que habían caminado desde que entraron, algo muy extraño pasó y que de seguro que si no supiera la ira que le tienen a la gracia del todopoderoso que ni yo mismo lo creería; vieron, los dos amigos, pasar al frente de ellos flotando por los aires lo que se parecía a una sombra, como si fuese un ser que corre muy pero muy despacio arrastrando su alma, y lo que fue peor, oyeron los dos un tristísimo quejido, como si fuese el quejido de un ser que recuerda el dolor que sintió cuando el hundieron un oxidado cuchillo en el pecho. El quejido venía de atrás de un árbol, crecido muy alto como se amenaza una larga espada al cielo. El ambiente se puso pesadísimo, el aire se estrellaba con sus rostros, las piernas se les adormecieron y los pelos se les alborotaron. Parece que en ese momento todo se quedó en silencio, ni el horrible grito de la lechuza que se oyó al momento de entrar al bosque, quiso romper ese abrumador silencio. Solamente disponían de sus oídos para escuchar una vez más ese horrendo quejido. Mil cosas pensaron, pero nada hacían y continuaban parados en el mismo lugar. Una vez más ese quejido oyeron como un lloro venido desde atrás de ese árbol o del mismo infierno. Para eso, la luna que quería salir y escapar del eclipse hecho por esa negra nube, los dejó en orfandad y se hizo aún más oscuro.

El licor cesó sus efectos en los amigos, y por eso Luciano se mordió los labios tan fuerte para darse valor que hasta ahora, cuenta la misma hermana, no puede comer ají. Él quiso pasar y así cruzar el bosque, mientras Emiliano, más temeroso, le rogaba que regresaran y salieran lo más rápido hacia arriba, por donde habían venido. Hubo mentadas de madre y otras lisuras como

también puñetes entre los dos en un forcejeo que se hizo como si lo realizaran más de dos personas; incluso, Luciano se sacó el cincho —recordando a su difunto padre que le contó una situación parecida por el chorro encantado— para ahuyentar al demonio, según él. En eso de la desesperación y del manoteo, no se balancearon bien que cayeron en una pequeña quebrada, hecha por algún huayco en temporada de lluvias. Quedaron al fondo de esta quebrada inconscientes, gracias a la accidental fortuna.

Se despertaron, con algo de frío en los brazos, al otro día y les dolía la cabeza pero no por algún golpe, mas parecía que sus cabezas habían sido cortadas y jugado con ellas a punta de puntapiés. Miraron dónde estaban y no reconocían el lugar; en eso, cuando disponían levantarse, una excitación salivosa atiborró sus bocas, se habían asquerosamente vomitado hasta arrojar un concentrado amarillo con olor hediondo. Por lo que escupieron al suelo de ese bosque de alcanfores y cuando ya subían muy callados para entrar otra vez a la indefinida trocha de donde no debieron salir nunca, Luciano, con rabia, decidió ir a ver qué había detrás de ese viejísimo árbol. Emiliano le rogó que mejor se apurara, pero luego le siguió al ver que su amigo ya llegaba al lugar. Lo rodearon, detrás de ese seco árbol, los dos miraron al cielo y dentro de cada uno de ellos, agradecieron al amito de Marcabalito y otro santito que en ese momento recordaron, y luego dijeron una envalentonada lisura cada uno, la que les salió incompleta.

Después de algo más de media hora, ya cuando asomaron por la loma del viento y abajo vieron su natal tierra, repitieron la lisura, la repitieron pero sin la necesidad de envalentonarla y dicha plenamente que se entendió cual era, y como si fuese un chiste malo que les contaran, se rieron de mala gana.

Atrás de ese magro árbol había una cruz de maderos carcomidos y más allá todo un cementerio olvidado.

LA MIGRANTE

Era tanto el silencio de ese sitio en el término de un verano de los tantos que padece Trujillo, cuando la pequeña araña decidió perder ante su hambre y por ello salir de su refugio, instalado en una pared en plena sala de una casa. Para entonces el papá, que estaba sentado, parecía especular dentro de sí una vida diferente si hubiese tomado en años pasados otra decisión. Estaría sentado en otra silla, al menos, y no en esa de paja que cae al suelo como se caen ya sus cabellos por sentirse anciano y por su herencia genética, la que sus lociones capilares compradas de catálogo y a plazos no pueden rechazar. Lo que no parecían sino era un hecho, eran sus ánimos. Tenía ánimos que hervían a más de 100°, porque él es así, se molesta cuando se da cuenta que hace tiempo no lo hace. Además, el calor de este último mes aportó a su hostigamiento en su propia casa al regalarle sarpullido en el pecho.

A todo esto, ahí estaba la pequeña araña, al borde de su blanca tela como esperando que otra buena amiga pase y le diga: “tranquila, vengo de recorrer la casa entera y no hay por qué temer... son unos dejados al tenernos aquí dentro con ellos”. Pero eso tan solo era un deseo porque ninguna pasó. Más bien, otra inquilina apareció al borde del techo, allá arriba, casi cayéndose como si hubiese mojado sus patas y alas en algún residuo químico del año pasado después de una noche en la que los niños se asustaron tanto que no quedó otra que limpiar la casa. Parecía querer alzar vuelo, al final se acercó un poco a la pequeña araña. Era una cucaracha ogora quien quería pasar a otro cuarto de la casa; sin embargo, por vieja sabía lo peligrosa que son las arañas y sus redes como para pasar cerca de ellas por más pequeñas que sean. Pero también sabía que esa

araña era nueva, no la había visto hasta entonces. “Cómo estás amiguita, qué haces fuera de tu bonito telar”. La pequeña araña que no había visto nunca un animal así, se aturdió; sin embargo, por instinto, pensó que podría ser la presa que quería buscar. La cucaracha ogora le siguió la conversación con un tono maternal dentro de una confesión “no creas que me voy a acercar más, sé muy bien quién eres”. Ante esto la pequeña araña le dijo con una ingenuidad que no debía temer, que solo comía moscas y si acaso no había visto alguna por su recorrido.

Moscas era lo que más sobraba en esa casa; en ese momento, una orgía se daba en la mesa con la presencia de no menos 20 decenas, y las dos viraron sus miradas atraídas por el festejo y el ruido de ellas. “Si tú llegas hacia allá te darás tremendo festín, comerás hasta decir basta”. La arañita parecía asentir con la cabeza. “Cómo te envidio, yo tengo que esperar la noche para bajar a la mesa y poder comer”. La pequeña araña le quedó mirando; su confusión se volvió en una casi desesperación. Solo dependía de ella para comer y si quería hasta podía subir algo para los días de invierno. Le preguntó, ya con un afán delatado, cómo podía llegar hacia allá, demostrando una apresurada fe ciega a su nueva consejera. La cucaracha ogora no demoró en señalarle un adobe un tanto salido del resto, por el que si llegaba hasta él, podía desde allí ver a sus presas y sagazmente sorprenderlas con un salto hasta el mismo mosquerío. Entonces la pequeña araña, con solamente su hambre, dejó su agujero en la hendidura de dos groseros adobes para llegar a ese otro que estaba más abajo. A los segundos, sigilosamente se había acercado bastante a las moscas. Mientras que la cucaracha ogora pudo pasar sin cuidado ya. Subió a la cima de la pared junto al techo de caña y desde allí se recostó para ver lo que sabía iba a pasar. Las moscas deambulaban sobre la mesa, sin temor alguno. De seguro esa familia tenía mucha desidia para limpiar su mesa después de almorzar, tanto que las moscas lo sabían y por ello su descuido para no estar alerta de un ataque como el que

desde las alturas se amenazaba. La pequeña araña no escatimó esfuerzo alguno para dar un solo salto y llegar al hervidero, y así lo hizo. Cayó sobre una y cuando se prestaba ir sobre otra, una orden catapultó a todas las moscas por las alturas. La mesa entera cubierta con un florido plástico barato quedó sola con la pequeña araña y su única presa. Había caído en una celada porque eso no fue lo que le dijeron. Ahora no sabía a dónde ir a refugiarse, un segundo de pensamiento le vino: abandonar todo e intentar saltar hasta el adobe mal picado, y de allí a su telar o quizás, la cucaracha ogora le gritaría qué hacer, alzó la mirada a donde la había dejado, pero no la encontró y como no sabía de dónde salió ni adónde iba, no vio nunca que ella la miraba. Se oyó un golpe ¡pahhhh! Era una sandalia asida por una mano, era el papá agriado que con la otra no dejaba de rascarse con goce el pecho “Caracho, de dónde cayó esta araña”, se dijo. La mesa después de dejar de temblar, quedó ofrendando a la desgracia de la vida una pequeña araña aplastada junto a su comida también aplastada. Había además un poco de tierra dejada en la mesa al despegarse de la sandalia asesina.

ÍNDICE

7 / prólogo

11 / aquel día

19 / tres monedas

25 / el pasajero

31 / los años pasan

35 / anodino

39 / un día para no coleccionar

42 / n'idilio

52 / marcos

58 / una muñeca rota

64 / destino color greda

68 / los dos hermanos

72 / la noche del atajo

76 / la migrante

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
diciembre de 2010, en los talleres gráficos de
Ediciones OREM, Trujillo – Perú.